

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID, LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15
Un año.	28

Se suscribe en Madrid en la administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Lallierre, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS, FRANCO DE PORTO.

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	21
Un año.	38



Cuando levanté la cabeza..... vi á cuatro pasos delante de mí á un hombre que me miraba, apoyado en un rifle. (Pág. 339, columna 4.ª).

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. E. SAENZ DE URRACA.

Hace treinta ó cuarenta años, cuando se invernan cerca de quince días para ir desde París á Marsella, y no siempre estaba uno seguro de llegar á su destino, era preciso hallarse dotado de cierta dosis de valor para aventurarse á bordo de un buque de vapor que iba á verificar un viaje de exploración. Los países extranjeros estaban rodeados de una aureola misteriosa que hacia considerar como seres privilegiados á aquellos á quienes la necesidad de buscar aventuras, ó el deseo de aprender, impulsaban hácia regiones desconocidas.

Hoy día, merced al vapor y á los ferro-carriles, no existen ya las distancias; háse generalizado

la necesidad de variar de sitio, y todos, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, se lanzan á porfía hacia las lejanas regiones. ¿Quién no ha dado vuelta al mundo, siquiera una vez en su vida?

Solo que como ha dicho un poeta contemporáneo, hoy ya no se viaja, se llega. En efecto, los países que separan el punto de partida del término del viaje, quedan suprimidos; solo se levanta una punta del velo, y la curiosidad, vivamente escitada, se vuelve cada vez mas hácia aquellas regiones remotas que apenas se han vislumbrado por entre nubes de vapor y de humo.

En la época en que Mr. Aimard emprendió sus viajes, el vapor se hallaba, por decirlo así, en su infancia, y los ferro-carriles no existían.

Atormentado por una inquietud febril que ni siquiera procuraba definir, no pudiendo tolerar sujecion alguna y aspirando á disfrutar goces supremos lejos del mundo civilizado, al que no queria comprender, Mr. Aimard partió con la intencion de no volver. Libre de todo vinculo, de todo afecto, no dejando en pos de sí carinos ni odios, el jóven aventurero se hallaba en las mejores condiciones imaginables para llevar la vida singular que iba

á comenzar para él. Por eso, ¡con qué felicidad puso los piés en el suelo de América y se precipitó al través de las Pampas y las Praderas!

Veinte años de su vida trascurrieron así, en medio de las tribus errantes é indomables de ambas Américas, atravesando con ellas distancias inconmensurables, cazando y peleando con los Indios, sondeando el desierto en sus profundidades mas misteriosas; trepando á las cumbres mas escarpadas de las cordilleras, ó abriéndose paso con el hacha en la mano por las selvas vírgenes del Nuevo Mundo.

Aquella existencia en el desierto, tan ruda, tan llena de molestias y fatigas, es muy á propósito para dar al hombre nueva vida; las ideas se ensanchan, se acostumbra uno á pensar y á creer. La vida de los bosques le hace á uno ser mejor y le obliga á comprender la mision de sacrificios, de abnegacion y de trabajo que Dios ha impuesto al hombre sobre la tierra.

¡Qué existencia la del hombre nómada! No conociendo mas dueño que Dios, ni mas ley que su capricho, libre de todo género de trabas, montado en un caballo tan indomable como él, con-

sus pistolas en el cinto, su cuchillo en el botín, su lazo y su carabina en el arzon de su silla, se lanza alegremente hacia adelante. No sabe á donde vá, ni siquiera se cuida de averiguarlo, fiando en su valor y en su audacia, convencido de que Dios no ha de abandonarle.

Después de entrar de nuevo en el mundo civilizado, Mr. Aimard ha tomado la pluma, no para hacerse literato, sino para revivir en su pasado. Créese hallarse todavía en el desierto, cuando refiere sus aventureras escursiones, sus cacerías conmovedoras, los peligros que ha arrostrado.

En su primera obra, los *Tramperos del Arkansas*, solo había bosquejado timidamente algunas de sus aventuras en las praderas; en el *Rey de las Tinieblas*, se ha dejado arrastrar, á pesar suyo, por la poderosa corriente de sus recuerdos. Ha querido trazar la manera en que él, niño perdido de esa civilización europea tan decantada, pero tan mezquina, se trasformó gradualmente en el desierto, y al ver las selvas vírgenes, conducido por los salvajes habitantes de aquellas comarcas, llegó por fin á ser hombre.

Valentin Guillois no es un héroe inventado, sino el mismo autor, con sus buenas cualidades y sus defectos; este libro es la historia verídica de sus sensaciones. Mr. Aimard ha conocido á todos sus personajes, ha compartido sus alegrías y sus dolores. Hoy siente un placer retrospectivo indecible al encontrarse de nuevo con ellos, al resucitarlos tales como los vió en la época en que era tan feliz, porque era libre.

«Bajo este punto de vista es como aplaudo la obra de Mr. Aimard, dice Mr. Paul d'Ivoi en su crónica; lo que hay que ver, sobre todo, en ese libro, es el espíritu que le anima, el sentimiento que le inspira. Cuando los árabes matan un león, hacen que sus hijos se coman el corazón del noble animal para que lleguen á tener su fuerza. Estos libros que nos hablan de libertad, de espacio, de valor, de abnegación, de intrepidez, son un alimento sano; son también corazón de león.»

EL REY DE LAS TINIEBLAS,

I.

EL CHAPARRAL.

Durante mi última permanencia en América, la casualidad, ó mas bien mi buena estrella, me hizo contraer relaciones de amistad con uno de esos cazadores ó habitantes de los bosques, cuyo tipo fué inmortalizado por Cooper en su poético personaje, denominado *Medio de Cuero*.

Hé aquí en qué circunstancias tan singulares nos colocó Dios uno enfrente de otro.

Hacia fines de julio de 1855 habia yo salido de Galveston, cuyas calenturas mortales para los europeos temia yo mucho, y llevaba además el proyecto de visitar la parte N. O. del Tejas, que aun me era desconocida.

Dice un refrán español, que «Mas vale andar solo que mal acompañado.»

Como todos los refranes, este tiene cierto fondo de verdad, sobre todo en América, en donde á cada paso se halla uno espuesto á encontrarse con pícaros de todos colores, que, merced á su esterilidad seductora, nos encantan y se granjean vuestra confianza, y se aprovechan de ello sin remordimiento alguno en la primera ocasión para robaros y asesinaros.

Habia yo sacado mi provecho del refrán, y como antiguo caminante de las praderas, no viendo en torno mio nadie que me inspirase bastante simpatía para convertirle en mi compañero de viaje, me puse valerosamente en camino solo, revestido del pintoresco traje de los habitantes del país, armado de piés á cabeza y montado en un excelente caballo medio salvaje que me habia costado 25 duros, precio enorme en aquellas comarcas en que los caballos están casi de balde.

Iba, pues, caminando con la mayor indiferencia, con esa vida nómada tan llena de atractivos, deteniéndome unas veces en una *Toldería*, acampando otras en el desierto, cazando animales

montaraces, é internándome cada vez mas en regiones desconocidas.

De este modo habia atravesado sin tropiezo Frederiksburg, el llano Brannfels, y acababa de salir de Castroville para dirigirme á Quihi. Castroville, como todas las aldeas hispano-americanas, es una misera aglomeración de cabañas arruinadas, cortadas en angulos rectos, por calles obstruidas con malas yerbas que crecen allí á su entera libertad, y ocultan multitud de hormigas, de reptiles y aun de conejos de una especie muy pequeña, que se escurren entre los piés de los escasos transeúntes.

El pueblo está limitado al O. por el *Medina*, riachuelo angosto que se queda casi en seco durante los grandes calores; y al E. por colinas frías cuyo verde oscuro se destaca agradablemente en el horizonte sobre el azul pálido del cielo.

En Galveston me habia encargado de una carta para un habitante de Castroville.

El buen hombre vivia en aquella aldea como el raton de La-Fontaine en el fondo de su queso de Holanda. Gozoso con la llegada de un extranjero, que sin duda le daría noticias de que estaba privado hacia tanto tiempo, me recibí de la manera mas cordial, sin saber qué imaginar para detenerme.

Desgraciadamente lo poco que yo habia visto de Castroville, me bastó para juzgarle por completo, y solo aspiraba á marcharme cuanto antes.

Mi huésped, desesperado al ver que todas sus tentativas eran rechazadas, consintió por fin en dejarme continuar mi camino.

—Adios, puesto que V. lo quiere, dijo estrechándome la mano con un suspiro de pesar. Dios le ayude. Hace V. mal en marchar tan tarde. El camino que ha de seguir es peligroso. Los indios bravos están sublevados y asesinan sin compasión á los blancos que caen en sus manos. Tenga V. cuidado.

Me sonreí al oír aquel aviso que juzgué como un esfuerzo postrero intentado por el buen hombre.

—¡Bah! le contesté alegremente, los Indios y yo somos conocidos demasiado antiguos para que nada haya de temer de parte de ellos.

Mi huésped movió tristemente la cabeza y volvió á entrar en su cabaña, haciéndome una última señal de despedida.

Me marché.

En efecto, era bastante tarde. Clavé la espuela á mi caballo con el fin de pasar antes que fuera de noche por un *chaparral* de mas de dos kilómetros de longitud, del cual me habia advertido particularmente mi huésped que desconfiase.

Aquel sitio de mala fama ofrecía un aspecto siniestro. El mezquite, la acacia y el cacto formaban su única vegetación. En varios puntos, huesos blanqueados por la acción del aire y cruces clavadas en el suelo, señalaban los sitios en que se habian cometido asesinatos.

Mas allá se extendía una vasta llanura denominada *La Leona*, poblada de animales de todas clases. La pradera cubierta de una yerba de dos piés de elevación por lo menos, se hallaba sembrada de trecho en trecho de grupos de árboles, en los cuales gorjeaban multitud de estorninos azules de doradas gargantas, cardenales y pájaros azules.

Yo tenia prisa por llegar á *La Leona*, que vislumbraba desde lejos; pero necesitaba atravesar primero el *chaparral*.

Después de haber examinado cuidadosamente mis armas y dirigido una mirada de desconfianza en torno mio, como nada ví en los alrededores que fuese positivamente sospechoso, lancé resueltamente mi caballo á galope, decidido, si llegaba el caso, á vender mi vida lo mas caro posible.

Entre tanto el sol declinaba en el horizonte rápidamente. Los rojizos fuegos del ocaso tenían de variados reflejos la cima de las fragosas colinas.

Una brisa fresca que se levantaba en aquel momento, agitaba las ramas de los árboles, haciéndolos prorumpir en misteriosos murmullos. En aquel país donde no hay crepúsculos, la noche habia de tardar muy poco en envolverme en sus espesas tinieblas.

Me hallaba próximamente al extremo de la dos terceras partes del *chaparral*.

Aspiraba ya á llegar sano y salvo á *La Leona*, cuando mi caballo dió de improviso un salto de costado, enderezando las orejas y relinchando con fuerza.

El súbito sacudimiento que recibí, estuvo á punto de hacerme perder los estribos y solo con gran trabajo logré hacerme dueño, por fin, de mi montura, que daba muestras del mayor terror.

Como sucede siempre en tales casos, busqué instintivamente en torno mio la causa de aquel salto.

Muy luego me fué revelada la verdad.

Un sudor frio inundó mi rostro, y un estremecimiento de terror recorrió todos mis miembros, al ver el espectáculo espantoso que se ofreció delante de mi vista.

Cinco cadáveres estaban tendidos á diez pasos de mí, debajo de los árboles.

En el número de ellos se contaban los de una mujer y una muchacha de catorce años.

Aquellas cinco personas pertenecían á la raza blanca. Parecía que habian peleado larga y obstinadamente antes de sucumbir. Sus cuerpos estaban cubiertos de heridas. Largas flechas de palo ondulado pintadas de encarnado traspasaban sus pechos de parte á parte.

A las víctimas les habian arrancado la cabellera.

Del pecho de la jóven, abierto en cruz, habian arrancado el corazón.

Los Indios habian pasado por allí, con su ríbia sanguinaria y su odio inveterado hacia los blancos.

La forma y el color de las flechas denunciaban á los *Apaches*, que son los mas crueles del desierto.

Alrededor de los muertos observé restos informes de carretas y de muebles.

Los infelices asesinados con un refinamiento tan espantoso de barbarie, eran, sin duda, pobres emigrados que se dirigían á Castroville.

Nada seria capaz de describir la compasión y el dolor que invadieron mi alma ante aquel espectáculo desconsolador.

Varios buitres atraídos por el olor de la sangre, revoloteaban lentamente en el aire, encima de los cadáveres, lanzando lúgubres gritos de alegría, y en las profundidades del *Chaparral*, los lobos y los jaguares comenzaban á gruñir sordamente.

Dirigí una mirada triste en torno mio.

Todo estaba tranquilo.

Los *Apaches*, segun todas las probabilidades, habian sorprendido á los emigrados durante un momento de alto. Fardos medio destrozados estaban colocados todavía con cierta simetría, y acababa de consumirse una hoguera delante de la cual habia un monton de leña seca.

—No, dije para mí, suceda lo que quiera, no dejaré á unos cristianos sin sepultura para que lleguen á ser presa de las fieras en este desierto.

Una vez adoptada mi resolución, la ejecuté inmediatamente.

Echando pié á tierra puse trabas á mi caballo, le eché un pienso y arrojé algunas brazadas de leña en el fuego, que muy pronto chispeó y lanzó hacia el cielo una columna de llamas.

Entre los objetos que los Indios habian despreciado, como desprovistos para ellos de valor alguno, habia picos, azadones y otros instrumentos de labranza.

Cogí un azadon y después de haber explorado cuidadosamente los alrededores de aquel sitio, para cerciorarme de que no me amenazaba peligro alguno inmediato, me dispuse á abrir una zanja.

Era ya de noche, una de esas noches americanas, claras y silenciosas, llenas de embriagadores perfumes y de misteriosas melodías, cantadas por el desierto en alabanza de Dios.

¡Cosa e-traordinaria! todos mis temores se habian desvanecido como por encanto.

Solo en aquel paraje siniestro, junto á aquellos cadáveres espantosamente mutilados, vigilado, sin duda, por los ojos invisibles de las fie-

ras y de los Indios, que me espiaban entre las sombras, no sé qué influencia incomprensible me sostenía y me daba fuerzas suficientes para llevar á cabo la ruda y santa empresa que me había impuesto.

En vez de pensar en los peligros que me amenazaban por todas partes, me hallaba entregado á una melancolía meditabunda. Pensaba en aquellas pobres gentes que habían marchado desde tan lejos, llenas de esperanza en lo porvenir, para buscar en el Nuevo Mundo un poco de ese bienestar que les rehusaba su país, y que, apenas de embarcados, sucumbieron en un rincón ignorado del desierto, bajo los golpes de los Indios feroces; habían dejado en su patria, amigos, parientes quizás, para quienes su suerte había de ser siempre un misterio, y que durante mucho tiempo contarían las horas con angustia, esperando un regreso imposible.

Fuera de dos ó tres alarmas algo vivas, producidas por el estremecimiento de las hojas en la espesura, nada interrumpió mi triste trabajo.

En menos de tres cuartos de hora abrí una zanja bastante grande para contener los cinco cadáveres.

Después de haber sacado las flechas que los atravesaban de parte á parte, los cogí uno después de otro en mis brazos y los estendi suavemente en el fondo de la tumba. En seguida me apresuré á echarles tierra, con la que llené la zanja, sobre la cual coloqué las piedras mas gruesas que pude encontrar, á fin de impedir que las fieras profanasen á los muertos.

Una vez cumplido este deber religioso, lancé un suspiro de satisfacción, y bajando la cabeza hacia el suelo, dirigí al que todo lo puede, una oración breve en favor de los desgraciados á quienes acababa de enterrar.

Cuando alcé la cabeza, lancé un grito de sorpresa y de espanto, llevando la mano á mis *revolvers*.

Sin que el ruido mas leve me hubiese hecho sospechar su imprevista llegada, á cuatro pasos en frente de mí, estaba mirándome un hombre apoyado en un rifle.

Dos magníficos perros de Terranova estaban indolentemente tendidos á sus piés.

Al ver el gesto que yo hacia, el desconocido se sonrió con dulzura, y tendiéndome la mano por encima de la tumba, me dijo:

—Nada tema V., soy un amigo. V. ha enterrado á esas pobres gentes, yo las he vengado: ¡sus asesinos han muerto!

Estreché silencioso la mano que con tanta lealtad me tendían.

Estaba hecho el conocimiento. Eramos amigos, y aun lo somos hoy.

Algun tiempo después, sentados al lado del fuego, cenábamos juntos con muy buen apetito, mientras que los perros velaban por nuestra seguridad.

El compañero á quien acababa de encontrar de una manera tan estraña, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, aunque apenas representaba treinta y dos. Su estatura alta y proporcionada, sus anchos hombros, sus miembros de salientes músculos, todo denotaba en él una fuerza y una agilidad sin igual.

Llevaba el traje pintoresco de los cazadores en toda su pureza, es decir, el capote, que se reducía á una manta atada á los hombros y cayendo en anchos pliegues por detrás; una camisa de algodón rayada; anchos *mitasses* ó calzones de piel de gamo, cosidos con pelos, atados de trecho en trecho y guarnecidos de cascabeles; polainas de cuero, mocasinas de piel de alce, adornadas con perlas falsas y puas de puerco espin, y por último, una faja de lana de colorines, de la cual colgaban su cuchillo, su saco de tabaco, su cuerno de pólvora, sus pistolas y un saco de medicinas.

En la cabeza llevaba un gorro de piel de castor, cuya cola le caía por la espalda.

Aquel hombre me recordaba la raza de atrevidos aventureros que recorren la América en todas direcciones. Raza primordial, ávida de aire, de espacio y de libertad; hostil á nuestras ideas de civilización, y llamada por eso mismo á des-

aparecer fatalmente ante las invasiones de las razas laboriosas, cuyos poderosos medios de conquista son el vapor y la aplicación de las invenciones mecánicas de todas clases.

El cazador era francés.

Su fisonomía, que llevaba impreso el sello de la lealtad, su lenguaje pintoresco, sus modales francos y benévulos, todo, no obstante su prolongada permanencia en América, había conservado un reflejo de la madre patria que despertaba las simpatías y excitaba el interés.

Todas las comarcas del Nuevo Mundo le eran conocidas. Había vivido mas de veinte años en el fondo de los bosques, en escursiones peligrosas y lejanas en medio de las tribus indias.

Por eso muchas veces, aunque yo mismo me hallaba iniciado en las costumbres de los *Pieles Rojas*, y aunque una gran parte de mi existencia había trascurrido en el desierto, me estremecía involuntariamente al oír la narración de sus aventuras.

Muchas veces, sentado junto á él á las orillas del río Gila, durante una escursion que habíamos emprendido á las praderas, se dejaba arrastrar por sus recuerdos, y fumando su pipa india, me refería la historia singular de los primeros años de su permanencia en el Nuevo Mundo.

Una de esas narraciones es la que hoy comienzo á referir, la primera por el orden de fechas, pues es la historia de los sucesos que le impulsaron á convertirse en habitante de los bosques.

No me atrevo á esperar que el lector encuentre en ella el interés que para mí tuvo; pero que se sirva recordar que esta narración fué hecha en el desierto, en medio de aquella naturaleza grandiosa y poderosa, desconocida para los habitantes de la vieja Europa, de los mismos labios del hombre que había sido el héroe de ella.

II.

LOS HERMANOS DE LECHE.

El 31 de diciembre de 1834, á las once de la noche, un hombre de unos veinticinco años á lo mas, de facciones finas y distinguidas, de modales aristocráticos, estaba sentado, ó mas bien recostado, en un mullido sillón colocado en el ángulo de una chimenea, en la que chispeaba un fuego que por lo avanzado de la estación hacia fuese indispensable.

Aquel personaje era el conde Máximo Eduardo Luis de Prebois-Crancé.

Su rostro, de cadavérica palidez, hacia resaltar el negro mate de sus sedosos cabellos que caían en desorden sobre sus hombros, guarecidos por una bata de damasco de flores grandes.

Sus cejas estaban fruncidas, y sus ojos se fijaban con una impaciencia febril en la esfera de un hermoso reloj á lo Luis XV, mientras que su mano izquierda, que colgaba indolentemente á su lado, acariciaba las sedosas orejas de un magnífico perro de Terranova, echado junto á él.

El gabinete en que se hallaba el conde, estaba amueblado con todo el refinamiento de elegancia y comodidad inventado por el lujo moderno. Un candelabro de cuatro brazos, provisto de bujías de color de rosa, y colocado sobre una mesa, apenas bastaba para iluminarle, y solo derramaba un resplandor triste y vacilante.

Fuera, la lluvia azotaba los cristales con violencia, y el viento llovaba con misteriosos murmullos, que predisponían el alma á la melancolía.

Oyóse un ruido leve, producido por el escape del cilindro, y dió la media en el reloj.

El conde se incorporó como si despertase sobresaltado. Se pasó su mano blanca y delgada por su frente helada, y dijo con voz sorda:

—¡No vendrá!.....

Pero de improviso, el perro, que hasta entonces había permanecido inmóvil, se levantó de un salto y se precipitó hácia la puerta, meneando la cola alegremente.

Se abrió la puerta. El tapiz fué apartado por una mano firme, y apareció un hombre.

—¡Por fin! exclamó el conde adelantándose

hacia el que llegaba, á quien costaba sumo trabajo desprenderse de las caricias del perro.

—¡Oh! mucho temía que también tú me hubieses olvidado.

—No te entiendo, hermano; pero espero que vas á explicarte, contestó el recién llegado. ¡Vamos! vamos! continuó dirigiéndose al perro, échate, César. Eres un hermoso animal, échate.

Y acercando un sillón al fuego, se sentó en el otro ángulo de la chimenea, en frente del conde, que había vuelto á ocupar su sitio.

El perro se echó entre ellos.

El personaje con tanta impaciencia esperando por el conde, formaba con este singular contraste.

Así como Mr. de Prebois-Crancé resumía en sí todas las cualidades que distinguen físicamente á la nobleza de raza, así el otro reunía todas las fuerzas vivas y enérgicas de un verdadero hijo del pueblo.

Era hombre de unos veintiseis años, de elevada estatura, delgado y de perfectas proporciones. Su rostro, tostado por el sol, de facciones muy acentuadas, animado por dos ojos azules que chispeaban de inteligencia, tenía una espresion de valor, de dulzura y de lealtad, en extremo simpática.

Vestia el elegante traje de aposentador en jefe de *Spahis*, y la cruz de la Legion de Honor brillaba en su pecho.

Con la cabeza apoyada en la mano derecha, la frente pensativa, y la mirada meditabunda, consideraba atentamente á su amigo, mientras que con la mano izquierda atusaba los largos y sedosos pelos de su rubio bigote.

El conde, cansado de aquella mirada que parecía que quería sondear los pliegues mas ocultos de su corazón, rompió bruscamente el silencio.

—Mucho has tardado en corresponder á mi invitación, dijo.

—Esta es la segunda vez que me diriges esa reconvencción. Luis, respondió el sargento sacando un papel del pecho. ¿Olvidas los términos de la esquila que tu lacayo me entregó ayer en el cuartel?

Y se preparó á leer.

—Es inútil, dijo el conde sonriendo con tristeza, comprendo que he hecho mal.

—¡Vamos! repuso alegremente el *Spahis*, ¿qué asunto tan grave es ese para el cual me necesitas? Explicate. ¿Es el rapto de alguna mujer? es algun desafío? ¿Habla!

—Nada de lo que podrias suponer, dijo el conde interrumpiéndole con amargura. Así, pues, ahórrate investigaciones inútiles.

—Pues entonces, ¿qué es?

—¡Voy á levantarme la tapa de los sesos!

El joven pronunció esta frase con acento tan firme y resuelto que el militar se estremeció á pesar suyo, fijando una mirada inquieta en su interlocutor.

—Me creés loco, ¿verdad? continuó el conde, quien adivinó el pensamiento de su amigo. No, no estoy loco, Valentin, solo que me encuentro en el fondo de un abismo, del cual no puedo salir sino por la muerte ó por la infamia. Prefiero la muerte.

El militar no contestó. Con un gesto enérgico rechazó su sillón y comenzó á andar presuroso por el gabinete.

El conde había dejado caer la cabeza sobre el pecho, con espresion de profundo desaliento.

Hubo un momento de prolongado silencio.

Fuera, aumentaba la furia de la tormenta.

Al fin Valentin volvió á sentarse.

—Una razon poderosa ha debido obligarte á adoptar tal determinación dijo friamente. No procuraré combatirla; sin embargo, exijo de tu amistad que me refieras con todos sus pormenores los hechos que te han inducido á tomarla. Soy tu hermano de leche, Luis; hemos crecido juntos; nuestras ideas se han confundido sobrado tiempo, nuestra amistad es harto fuerte y viva para que te niegues á satisfacerme.

—¡Para qué! exclamó el conde con impaciencia; mis dolores son de aquellos que solo el que los siente puede comprenderlos.

—Mal pretesto, hermano, contestó el militar con voz ruda: los dolores que uno no se atreve á confesar son de aquellos que obligan á ruborizarse.

—Valentin, dijo el conde, con una mirada chispeante, es mal hecho hablarme de ese modo.

—Al contrario, está bien hecho, repuso el joven con viveza. Te quiero y debo decirte la verdad. ¿Por qué habías de engañarte? no conoces mi franqueza? Así, pues, no esperes que te dé la razón á ciegos ojos. Si querías que te adulasen en tus últimos momentos, ¿para qué me has llamado? para que aplauda tu muerte? Entonces adios, hermano, me retiro, nada tengo que hacer aquí. Vosotros, los señores encopetados, que no habeis tenido mas trabajo que el de nacer, y no conocéis de la vida mas que sus alegrías, á la primera hoja de rosa que la casualidad dobla en el lecho de vuestra felicidad, os creéis perdidos y apeláis á esa cobardía suprema: el suicidio.

—¡Valentin! exclamó el conde con cólera.

—¡Si! continuó el joven con fuerza, esa suprema cobardía. Tan poca libertad tiene el hombre para abandonar la vida cuando mejor le parece, como el soldado para huir de su puesto ante el enemigo. ¡Tus dolores!.... los conozco.

—¿Sabes?... preguntó el conde con sorpresa.

—¡Todo!.... Escúchame, y luego cuando te haya dicho lo que pienso, te matarás si quieres. ¡Pardiez! ¿Crées que cuando vine aquí, no sabía para qué me llamabas? Gladiador harto débil para sostener la lucha, te has entregado indefenso á las fieras de ese circo terrible que llaman París, y has sucumbido. Eso había de suceder. Pero reflexiónalo. La muerte que quieres darte acabará de deshonrarte á los ojos de todos, en vez de rehabilitarte y rodearte de esa aureola de falsa gloria que ambicionas.

—¡Valentin! Valentin! exclamó el conde dando un puñetazo lleno de cólera, ¿quién te permite hablarme así?

—Mi amistad, contestó energicamente el militar y la posición que yo mismo me he creado al llamarme junto á tí. Dos cosas te reducen á la desesperación. Esas dos cosas son: primero, tu amor hacia una mujer coqueta, una criolla que juega con tu corazón como la pantera de sus estensas sábanas juega con los animales inofensivos que se prepara á devorar.... ¿Es cierto?...

El joven no contestó.

Con los codos apoyados en la mesa, y la frente entre ambas manos, permanecía inmóvil, insensible á las reconvenciones de su hermano de leche.

Valentin continuó.

—Luego, cuando para brillar ante sus ojos hubiste comprometido tu fortuna, derrochado cuanto tu padre te dejó, esa mujer se marchó como había venido, feliz por el daño que ha hecho, por las víctimas que han caído en su camino, legándote á tí, como á tantos otros, la desesperación y la vergüenza de haber sido burlados por una coqueta. Lo que te impulsa á la muerte no es la pérdida de tu fortuna, sino la imposibilidad de seguir á esa mujer, causa única de todas tus desgracias. ¡Atrévete á sostenerme lo contrario!

—Pues bien; ¡es cierto, si! ¡Hé ahí la única razón que me mata! ¿Qué me importa mi fortuna? ¡Esa mujer es lo que yo quiero!.... ¡La amo! la amo hasta el extremo de sublevar un mundo entero para obtenerla!.... exclamó el joven con febril energía. ¡Oh!.... si yo pudiese esperar!.... ¡Esperanza!.... palabra vacía de sentido inventada por los ambiciosos de baja ralea!.... ¿Lo ves?.... ¡Ya no me resta mas que morir!

Valentin le contempló con triste mirada. De pronto se iluminaron sus ojos y apoyó la mano en el hombro del conde preguntándole:

—¿Con que tanto amas á esa mujer?

—Ya lo ves, cuando por ella muero.

—Me has dicho, hace un instante, que por llegar á poseerla sublevarías un mundo entero.

—Si.

—Pues bien, continuó Valentin mirándole con fijeza: puedo hacer que encuentres á esa mujer.

—¿Tu?....

—Si.

—¡Oh!.... estoy loco! ¡Ha marchado, y quién

sabe á qué region de América se habrá retirado!

—¿Qué importa?

—Y luego, estoy arruinado.

—Tanto mejor.

—Valentin, ten cuidado con tus palabras, exclamó el joven con doloroso acento. A pesar mio, me siento inclinado á creerte.

—Ten esperanza, te digo.

—¡Oh no, no! es imposible!

—¡Nada hay imposible! Esa palabra fué inventada por los impotentes y los cobardes. Te repito que no solo te restituiré á esa mujer, sino tambien que ella misma, escúchame bien, ella misma será entonces la que tema que desprecies su amor. ¡Oh! ¿Quién sabe?.... acaso entonces la rechaces.

—¡Valentin!

—Y para obtener ese resultado, solo te pido dos años.

—¡Tanto tiempo!....

—¡Ah! hé aquí lo que son los hombres! exclamó el militar con una sonrisa de compasión. Hace un instante querías morir, porque la palabra nunca se alzaba delante de tí. Ahora ya no te sientes con fuerzas suficientes para aguardar dos años. ¡Dos años! que son algunos minutos en la vida de la humanidad!

—Pero....

—Descuida, hermano, descuida; si dentro de dos años no he cumplido mi promesa, yo mismo te devolveré las pistolas, y entonces.... entonces no te matarás solo, dijo friamente.

El conde le miró. Valentin parecia estar trasfigurado. Su rostro tenia una espresion de indomable energía que nunca habia visto en él su hermano de leche; sus ojos lanzaban estraños resplandores. El joven se confesó vencido. Le cogió la mano, y estrechándosela con efusion le dijo:

—Acepto.

—Ahora me perteneces.

—Me entrego en tus manos.

—Bien.

—Pero ¿cómo harás?....

—Escúchame atentamente, dijo el militar dejándose caer sobre su sillón y haciendo seña á su amigo para que volviera á sentarse.

En aquel momento dieron las doce en el reloj.

Por un sentimiento que no acertaron á esplicarse, ambos jóvenes escucharon en el mayor silencio y recogimiento el ruido de los doce golpes que retumbaban por intervalos iguales sobre el timbre.

Cuando el eco del último golpe hubo concluido de vibrar, Valentin encendió un cigarro, se volvió hacia Luis, que fijaba en él una mirada ansiosa, y echando una bocanada de humo azulado que subió en espiral hacia el techo, dijo:

—¡Vas á ver!

III.

LA RESOLUCION.

—¡Escucho! dijo Luis, inclinándose hacia adelante como para oír mejor.

Valentin se sonrió tristemente.

Estamos en el día 1.º de enero de 1835, dijo. Con la última vibración de la media noche, acaba de concluir tu existencia de noble y rico caballero, y desde hoy mismo vas á comenzar una existencia de pruebas y de luchas; en una palabra, vas á hacerte hombre.

El conde fijó en él una mirada interrogadora.

—Me esplicaré, continuó Valentin, pero para eso es preciso que an es me dejes referirte tu propia historia en pocas palabras.

—¡Pero si ya la sé! dijo el conde interrumpiéndole con impaciencia.

—Puede ser. En todo caso, déjame hablar. Si me equivoco, rectificaras los hechos.

—¡Obra como mejor te cuadre! contestó Luis echándose hacia atrás con el ademán de un hombre á quien el bien parecer obliga á oír, á pesar suyo, un discurso fastidioso.

Valentin hizo como que no observaba el movimiento de su hermano de leche. Volvió á encender su cigarro, que habia dejado apagar; acarició al perro, cuya cabeza noble é inteligente

estaba apoyada en sus rodillas, y comenzó como si hubiese estado convencido de que Luis le prestaba la mayor atencion.

—Tu historia es próximamente la de todos los hombres de tu casta, dijo. Tus antepasados, cuyo nombre se remonta á las cruzadas, te legaron al nacer un hermoso título y 40,000 libras de renta. Rico, sin haber tenido que malgastar tus facultades en ganar por tí mismo tu fortuna, ignorando, por consiguiente, el valor verdadero del oro, habias de gastarlo sin contar, creyéndote inagotable.

Eso es lo que ha sucedido. Solo que un dia, en el momento en que menos lo esperabas, se ha alzado de improviso delante de tí el espectro hediondo de la ruina. Has vislumbrado la miseria, es decir, el trabajo, y entonces has retrocedido aterrado, refugiándote en la muerte.

—¡Todo eso es muy cierto! dijo el conde interrumpiéndole. Pero olvidas decir, que antes de adoptar esa resolucion suprema, he tenido el cuidado de arreglar mis cuentas y pagar á todos mis acreedores. Así, pues, era dueño de disponer de mi vida.

—¡No! y hé ahí lo que tu educacion de hidalgo no ha podido hacerte comprender. Tu vida no es tuya; ¡es un préstamo que Dios te hace! Por consiguiente, no es mas que un tránsito; por esta razon es breve, pero es preciso que sea provechosa á la humanidad. Los hombres que en orgias ó en vicios malgastan las facultades que Dios les dió, cometen un robo, respecto á la gran familia humana. Acuérdate que todos somos solidarios unos de otros, y que hemos de ervirnos de nuestras facultades en provecho de todos.

—¡Basta de sermones, hermano, te lo ruego! Esas teorías, mas ó menos paradójicas, pueden alcanzar buen éxito entre cierta clase de gentes; pero....

—¡Hermano! exclamó Valentin interrumpiéndole, no hables así. A pesar tuyo, tu orgullo de raza te dicta palabras que no tardarias en arrepentirte de haber pronunciado. ¡Cierta clase de gentes!.... Hé aquí soltada ya la gran frase. Luis, ¿cuántas cosas tienes que aprender todavía!.... En resumen, reuniendo todos tus recursos, ¿cuánto te queda?

—¿Qué sé yo? una miseria.

—Pero en fin....

—¡Oh Dios mio! unos cuarenta mil francos todo lo mas, que podrán subir á sesenta mil con el valor de las chucherías que hay aquí, dijo el conde indolentemente.

Valentin dió un salto sobre su sillón.

—¡Sesenta mil francos! ¿y te desesperabas? y te hallabas resuelto á morir? Pero desgraciado, insensato, esos sesenta mil francos bien manejados son una fortuna. Ellos son los que han de hacerte encontrar á la mujer á quien amas. ¿Cuántos pobres diablos se crearían ricos si poseyesen tal suma?

—En fin ¿qué piensas hacer?

—Vas á saberlo. ¿Cómo se llama la mujer de quien estás enamorado?

—Doña Rosario del Valle.

—Muy bien. Segun me has dicho, ha marchado á América.

—Hace diez dias. Pero debo confesarte que Doña Rosario, á quien no conoces, es una muchacha noble y dulce, que nunca ha dado oídos ni á una de mis palabras galantes, ni ha observado el lujo ruinoso que yo ostentaba por agradarla.

—A la verdad, es muy posible, y luego ¿á qué he de procurar arrebatarle esas dulces ilusiones? Solo que no comprendo bien cómo en tales condiciones has podido fundir tu fortuna, que era considerable, como un trozo de manteca al sol.

—¡Toma! lee esa esquila de mi agente de bolsa.

—¡Oh! dijo Valentin rechazando el papel, jugabas á la bolsa! ¡Pobre pichon, á quien los milanos del Bolsin han desplumado! Pues bien, hermano, es preciso que tomes tu revancha.

—¡Oh! es lo que mas deseo! exclamó el joven frunciendo el entrecejo.

—Somos de la misma edad, Mi madre nos crió

á ambos; ante Dios somos hermanos. ¡Haré de ti un hombre! te ayudaré á revestirte de esa armadura de bronce que ha de hacerte insensible casi. ¡Mientras que, protegido por tu nombre y tu fortuna, te dejabas arrastrar indolentemente por la vida, tomando tan solo de ella la flor, yo, pobre y miserable, extraviado en las calles de París, sostenía para vivir una lucha de Titanes! Lucha de todas las horas y de todos los segundos, en que la victoria era para mí un pedazo de pan, y la experiencia comprada muy cara.... te lo juro! Porque muchas veces, al abrir las portezuelas de los coches, ó al vender contraseñas en las puertas de los teatros, ó al servir de payaso á un saltimbanquis, en fin, cuando hacía esos mil oficios imposibles de describir del vagabundo, la tristeza y el desaliento se apoderaban de mí. Muchas veces sentí mi frente ardorosa y mis sienes oprimidas en el frío anillo de la miseria. Pero he resistido, me he sublevado contra la adversidad, y nunca he sido vencido, aunque he dejado en los jarales del camino muchos pedazos de mis ilusiones mas queridas, y mi corazón retorcido por la desesperacion se ha desangrado por veinte heridas á la vez. ¡Animo, Luis! En lo sucesivo serémos dos para luchar. Tú serás la cabeza que concibe y yo el brazo que ejecuta. Tú la inteligencia, yo la fuerza. Ahora la lucha será igual, porque nos sostendremos uno á otro. Crémé, hermano, llegará día en que el triunfo coronará nuestros esfuerzos.

—Comprendo tu abnegacion y la acepto. ¿No soy ahora una cosa tuya? No temas que te resistas; pero.... ¿habré de decírtelo? Temo que sean vanas todas nuestras tentativas, y que tarde ó temprano nos veamos obligados á volver al medio supremo que me has impedido emplear.

—¡Hombre de poca fé! exclamó Valentin con exaltacion: en el camino que vamos á seguir, la fortuna será nuestra esclava.

Luis no pudo menos de sonreirse y decir:

—Aun así, es preciso tener probabilidades de buen éxito en lo que uno emprenda.

—Las probabilidades son el consuelo de los necios. El hombre fuerte las domina.

—Pero, en fin, ¿qué quieres?

—La mujer á quien amas está en América, ¿no es verdad?

—Te lo he dicho ya varias veces.

—Pues bien; es preciso ir allá.

—Mas no sé siquiera en qué parte de la América habita.

—¿Qué importa? El Nuevo Mundo es el país del oro, la patria de todos los aventureros. Buscando á esa mujer, reconstruiremos nuestra fortuna. ¿Es, por ventura, una cosa tan desagradable? Dime.... ¿esa mujer habrá nacido en alguna parte?

—Es chilena.

—Bueno, entonces ha regresado á Chile. Allí será donde la encontraremos.

Luis miró durante un momento á su hermano de leche, con una especie de admiracion respetuosa.

—¿Cómo! ¿Te decidirías á eso, hermano? dijo con voz conmovida.

—Sin vacilar.

—¿Abandonarías la carrera militar que te ofrece tantas probabilidades de progreso? Sé de cierto que antes de seis meses serás nombrado oficial....

—No soy soldado desde esta mañana. He encontrado un sustituto.

—¡Oh! no es posible!....

—Es positivo.

—Pero ¿y tu anciana madre, mi nodriza, de quien eres el único apoyo?

—De lo que te queda la dejaremos algunos millores de francos, que, unidos á mi pensión de caballero de la Legion de Honor, la bastará para vivir aguardándonos.

—¡Oh! exclamó el jóven, no puedo aceptar tal sacrificio. ¡Mi honor me lo prohíbe!

—Desgraciadamente, hermano, dijo Valentin con un tono que impuso al conde, no tienes la libertad suficiente para rehusar. Al obrar así, cumplo un deber sagrado.

—No te entiendo.

—¿A qué explicarme?....

—Lo exijo....

—Corriente. Por lo demás, acaso sea mejor eso. Escucha, pues. Cuando despues de haberte criado mi madre te restituyó á tu familia, mi padre cayó enfermó y murió al cabo de ocho meses de padecimientos, dejándonos á mi madre y á mí en la miseria mas completa. Lo poco que teniamos habia servido para comprar medicamentos y pagar las visitas del médico. Hubiéramos podido recurrir á tu familia, que de seguro no nos habria abandonado; pero mi madre nunca quiso consentir en ello. «El conde de Prebois-Crancé ha hecho por nosotros mas de lo que debía, repetía mi madre; no se le debe importunar mas.»

—¡Hizo mal! dijo Luis.

—Lo sé, repuso Valentin. Sin embargo, el hambre se hacia sentir. Entonces fué cuando emprendí esos oficios imposibles de describir, de que hablaba hace algunos minutos. Un día, en la plaza del Cairo, despues de haber tragado sables y comido estopas inflamadas, con aplauso de la multitud, estaba yo pidiendo con el platillo, cuando de pronto me encontré en frente de un oficial de cazadores de Africa, que me miraba con una espresion de bondad y de compasion, que me llegó á lo mas profundo del alma. Me llevó consigo. Hizo que te contase mi historia y exigió que le llevase al pobre desvan en que mi madre y yo habíamos. Al ver nuestra miseria, el anciano militar se sintió conmovido; una lágrima, que no penso en reprimir, rodó por sus tostadas mejillas. ¡Luis, aquel oficial era tu padre!....

—¡Mi noble y buen padre!.... dijo el conde estrechando la mano de su hermano de leche.

—¡Oh, sí! noble y bueno! Aseguré á mi madre una pequeña renta vitalicia que la permitió vivir con holgura, y á mí me enganchó en su regimiento. Hace dos años, durante la última expedicion contra el rey de Constantina, tu padre recibió una bala en el pecho y murió al cabo de dos horas, llamando á su hijo.

—Si, dijo el jóven con voz lastimera, ¡lo sé! —Pero lo que ignoras, Luis, es que en el momento de espirar, tu padre se volvió hacia mí. Desde el momento en que fué herido, yo no le habia abandonado.

Luis estrechó silenciosamente la mano de Valentin.

Este continuó:

—«Valentin, me dijo con voz débil, entrecortada por el estertor de la muerte, porque comenzaba ya laagonia; mi hijo queda solo y sin esperiencia, no tiene mas que á ti, á su hermano de leche. Vela por él. No le abandones nunca. ¿Quién sabe lo que el porvenir le reserva?.... ¿Puedo contar con tu promesa?.... Me hará mas dulce la muerte.» Me arrodillé junto á él, y cogiendo respetuosamente la mano que me tendía, le dije:—«¡Muera V. en paz! En la hora de la adversidad estaré siempre al lado de Luis.» Desprendiéronse dos lágrimas de los ojos de tu padre, lágrimas de jubilo en aquel momento supremo, y con voz enternecida, me dijo:—«¡Dios ha recibido tu juramento!....» Y espiró dulcemente, murmurando por última vez estrechar mi mano y murmurar tu nombre. ¡Luis! debo á tu padre el bienestar que mi madre disfruta; debo á tu padre los sentimientos que me hacen ser hombre, y le debo tambien esta cruz que llevo en mi pecho. ¿Comprendes ahora por qué te he hablado como lo he hecho? Mientras que has caminado con tus fuerzas, me he abstenido, me he apartado; ¡pero hoy que ha llegado la hora de cumplir mi juramento, ningun poder humano podria impedirmelo!

Hubo un momento de silencio entre ambos jóvenes.

Al fin, Luis ocultó su cabeza en el pecho leal del soldado, y dijo, prorumpiendo en llanto:

—¿Cuándo marchamos, hermano?

Este le miró y le dijo:

—¿Pero comienzas sin reticencia alguna una vida nueva?

—Sí, respondió Luis con voz firme.

—¿No dejas pesar alguno detrás de tí?

—Ninguno.

—¿Estas dispuesto á sobrellevar valerosamente todas las pruebas que te esperan?

—¡Sí!

—Bien, hermano. Así es como yo quiero que seas. Marcharemos en cuanto hayamos arreglado el balance de tu pasada vida. Es preciso que en la nueva existencia que va á abrirse delante de tí, entres libre de toda traba, de todo recuerdo amargo.

El día 2 de febrero de 1833, un vapor de la Compañía transatlántica salía del Havre, y hacia rumbo á Valparaíso.

A su bordo se hallaban embarcados como pasajeros el conde de Prebois-Crancé, Valentin Guillois, su hermano de leche, y César, su perro de Terranova.... César, el único amigo que les habia permanecido fiel, y del cual no habian querido separarse.

En el extremo del muelle, una mujer de unos sesenta años, con el rostro bañado en llanto, permaneció con los ojos pertinazmente fijos en el buque, mientras pudo distinguirle.

Cuando hubo desaparecido en el horizonte, dirigió en torno suyo una mirada de afliccion, y con paso lento se encaminó á una casa situada cerca de la playa, en donde hacia tres dias que vivia.

—¡Haz lo que debes, suceda lo que quiera!... dijo con voz ahogada por el dolor.

Aquella mujer era la madre de Valentin Guillois. ¡Era la mas digna de lástima!.... ¡Se quedaba sola!....

IV.

LA EJECUCION.

Hacia el año 1450, Chile fué invadido por el príncipe *Sinchiraca*, que mas tarde fué Inca, quien se apoderó del valle de *Mapocho*, denominado entonces *Promocacas*, es decir, *Sitio de los bailes y los regocijos*.

Sin embargo, el gobierno peruano nunca pudo hallarse sólidamente establecido en aquel país, por razon de la oposicion armada de los *Promocianos*, que entonces se hallaban acampados entre los rios *Rapel* y *Manté*.

Por eso, aunque el historiador Garcilaso de la Vega, coloca los limites del territorio conquistado por los Incas en el rio *Manté*, todo prueba que se hallaba sobre el *Rapel*, porque cerca del confluente del *Cachapoal* y del *Tingiririca*, que toma entonces el nombre de *Rapel*, se encuentran las ruinas de una antigua fortaleza peruana, construida absolutamente lo mismo que las de *Calló* y de *Amay*, en la provincia de *Quito*. Estas fortalezas sirven para señalar la frontera.

El conquistador español, D. Pedro de Valdivia, fundó en 24 de febrero de 1541, la ciudad de Santiago, en una situacion deliciosa, sobre la orilla izquierda del rio *Mapocho*, en la entrada de una llanura de mil kilómetros de estension, limitada por el rio *Purahuel* y la montaña del *Pardo*, que tiene como unos cuatro mil pies de elevacion.

Esta llanura, bañada así mismo por el rio *Mapocho*, forma una cuenca natural, en la que los terrenos movedizos, arrastrados de las vecinas alturas, se han nivelado perfectamente, y han formado una de las comarcas mas feraces del Nuevo Mundo.

Santiago, que mas tarde llegó á ser capital de Chile, es una de las ciudades mas hermosas de la América española. Sus calles son anchas, tiradas á cordel, y refrescadas por acequias ó arroyos de una agua clara y limpida. Sus casas, hechas de adobes, y con un solo piso de elevacion, por razon de los temblores de tierra tan frecuentes en aquel país, son estensas, aireadas y de muy buena disposicion.

Posee un gran número de monumentos, de los cuales los mas notables son: el puente de piedra de cinco arcos, echado sobre el *Mapocho*, y el *Tajamar*, formado de dos muros revestidos de ladrillo, cuyo interior está lleno de tierra y sirve para librar á los habitantes de las inundaciones.

Las cordilleras, con sus cumbres coronadas de eterna nieve, aunque distan ochenta kilómetros

de la ciudad, parecen hallarse suspendidas sobre ella, y ofrecen un aspecto en extremo majestuoso é imponente.

El 5 de mayo de 1835, hácia las diez de la noche, pesaba sobre la ciudad un calor sofocante.

En el aire no se sentía un soplo. En el cielo no se veía una nube.

Santiago, ciudad tan risueña y alegre por lo general, en donde á aquella hora de la noche se puede tener la seguridad de ver brillar en los balcones preciosos ojos negros y sonreír muchos labios rosados, en la que cada ventana envía á los transeúntes, cual una invitación provocadora, bocanadas de *Sambacue* as y trozos de canciones criollas, parecía hallarse sepultada en sombría tristeza. Los balcones y ventanas estaban, es verdad, llenos de cabezas de hombres y mujeres, estrechados unos contra otros; pero la espresion de todas las fisonomías era grave, y todas las miradas estaban pensativas é inquietas. No había ya sonrisas de alegría; por el contrario, en todas partes se veían frentes ceñudas, mejillas pálidas, ojos llenos de lágrimas.

En las calles se veían diferentes y numerosos grupos que se estacionaban en medio del empedrado ó en los umbrales de las puertas, discutiendo en voz baja y con viveza.

A cada instante salían del palacio del gobierno muchos oficiales de órdenes, que se lanzaban al galope en diferentes direcciones.

Destacamentos de tropas salían de sus cuarteles y se dirigían, al son de los tambores, hácia la Plaza Mayor, en donde formaban en batalla, pasando silenciosos por medio de los habitantes consternados.

La Plaza Mayor, sobre todo, era la que en aquella noche ofrecía un aspecto desusado.

Hachas encendidas, sacudidas por individuos mezclados entre la multitud, derramaban rojizos resplandores sobre el pueblo reunido, y que parecía esperar un gran suceso.

(Se continuará.)

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.—Véase el núm. 21).

—Nada..... nada..... repitió Frari bajando los ojos para que no leyera en su alma, y endulzando la entonacion cuanto le fué dable, mi pregunta es hija de la curiosidad, y nada mas.

¡Pobre amigo mio! ¡Cuánto padeceriais!

Después añadió para sí:

¡Ah! ¿Con que ese Antonini era mi padre? con que la cajita de caoba es la que yo di á mi mujer, y que su amante se llevó aquella noche fatal? con que esta historia es el secreto que mi padre me dejó entreveer?

Y en voz tranquila y apacible

Proseguid, amigo mio, ¿se puede saber qué partido adoptasteis en tan precaria situacion?

—Después que concluyó mi padre de hablar, le preguntamos quién era aquel funesto Antonini.

Frari tembló, aunque imperceptiblemente.

Solo puedo indicaros de Antonini que es un veneciano bastante rico y noble; era de avanzada edad, sin que por eso estuviesen desvirtuadas sus fuerzas; tenía una estatura elegante y flexible; ojos grandes y hijos como los de la garza real, y cierto aire de osadía republicana. ¡Dios mio! aquel hombre no pareció conmoverse siquiera de alegría, y solo cambió una mirada de inteligencia con Luneville, después que me declaró en derrota. ¡Oh! no siento caer desde mi opulento pedestal sino por los remordimientos crueles que me aguardan..... Pero no..... no, añadió con firmeza, ¡ni aun eso tendré! la tumba!.....

Y fijó los ojos en el horizonte.

Las nubes se habían ya condensado; la luna se ocultó tras el inmenso capuz que proyectaban, y todo quedó en completa oscuridad.

Se oía el tenebroso susurro del mar y los fatídicos gemidos del viento que perturbaba sus profundos senos.

Luego estalló de nuevo la borrasca, y la chispa eléctrica iluminaba el revuelto torbellino de las olas que parecían encrespase furibundas como la inmensa cabellera de un monstruo.

De repente, con la proa inclinada hácia el fondo y las velas medio destrozadas, se vió un buque flotar entre montañas de agua turbulenta y mujidora, que amenazaba devorarle con sus tremendas fauces en que silvaba el viento y los rayos.

Mi padre lanzó un grito.

¡Ese buque, exclamó estendiendo las manos, ese buque es de Luneville! lo conozco á larga distancia!

¡Dios mio! Dios mio! balbuceó acordándose de Pilar.

Y fijó los ojos con avidez hácia aquella parte del mar; pero nada vi.

Tremenda oscuridad envolvía los mares, como los pliegues de una mortaja el cuerpo de un difunto.

Todo, en efecto, parecía que había muerto.

Cesó el cielo de relampaguear, y no se percibía ya la fúnebre entonacion de los vientos.

Mi padre anduvo dos pasos en la azotea y se apoyó para no caer en un maceton; pero luego dobló la cabeza sobre el pecho y abrió los brazos.

Nosotros le recibimos moribundo en los nuestros, animados por una escitacion nerviosa.

¡Un fisico! exclamé, ¡pronto, un fisico!

¡Es inútil! murmuró mi padre, ¡vendría demasiado tarde!..... estoy envenenado!.....

Los tres despedimos un grito de espanto.

¡Silencio! Yo estoy cumpliendo mi mision sobre la tierra, dijo con acento sofocado. Una palabra..... escuchad..... ¡Cuidado, hijos míos, que mientras no jugué, fui dichoso y rico..... pero el día que me vicié, fué el extremo maldito de esa cadena de desgracias que me han ido empujando poco á poco al borde de la tumba!..... no es siquiera la pacífica del anciano, no la venerable del justo, sino la tumba execrable, de donde todos huyen con terror temiendo contagiarse, la tumba del suicida!.....

Y dando un alarido que vibró en las tinieblas de la noche de una manera lúgubre, poniéndose cárdeno, atacado de horrendas convulsiones, que hacían crujiir sus miembros, mi padre exhaló el último suspiro en nuestros brazos.

CAPITULO IV.

LAS INICIALES.

El alba asomó su palida frente una hora después, rodeada de un circulo ensangrentado á consecuencia de la tempestad.

El mar mecía sus hondas majestuosamente, aun salpicado de espuma.

Las paviotas tocaban con el ala la superficie de las aguas y lanzaban agudos chillidos.

Un perfume escitante se levantaba impregnado con la suave y adormida brisa.

Algunas barquillas botaban ligeras á las olas, dividiéndolas con sus livianos remos.

Los marinos confundían sus cantos con el arrullo indefinible de la creacion.

La playa estaba cubierta de pescados que había arrojado la tormenta y que la gente se apresuraba á recoger.

Se veía en lontananza las velas de algunos buques que se dirigían hácia el puerto para reparar sus averias.

Y mientras el mar parecía exhalar suspiros de dulce cansancio; en tanto que las aves buscaban alegres el sustento; interin los marinos bendecían á Dios por haber retirado con su mano la furia de la tempestad, nosotros llorábamos en silencio una pérdida irreparable.

A otro día se celebraron las exequias de mi desventurado padre.

A los piés del catafalco, negro y respetuoso, que proyectaba una sombra vacitante y fantástica sobre un ángulo de la iglesia, hincamos nuestra rodilla. Después besamos la tierra con sobre-

cogimiento, y cruzando las manos, pronunciamos el nombre de mi padre mezclado con el augustó de Dios.

En seguida volvimos á nuestra casa, y abriendo una cómoda, saqué un talego, que incontinenti vació en el pavimento.

Brillaron á nuestros ojos multitud de monedas de oro.

Había sesenta mil reales.

—¿Qué harémos con este dinero? me preguntaron.

—¿Qué harémos? repetí pensando.

—Lo dejamos á tu albedrio.

—Escuchadme.

—Estamos pendientes de tus labios.

—Nuestro padre ha sido victima de Antonini.

—¿No es eso? Pues bien, busquémosle por toda Europa y vivamos para la venganza.

—¡Ah! murmuró Frari.

—Diseminados los tres por las naciones de Europa, armada nuestra mano de un puñal, ¿cómo es posible dudar de nuestro éxito?

—Bien, bien, hermano.

—¡Ah! ah! balbuceó Frari, ¡estoy viendo que se sumerge mi puñal en tu pecho, Buxtof!.....

—Me alegro de que seais de mi parecer, dije á mis hermanos; y Dios sabe que de ello me vanaglorio; pero necesitamos mucho tino, mucha táctica para llevar á cabo el proyecto que hemos concebido.

—Pues debes señalarnos un itinerario.

—Esperad.

Y tirando de un cajon saqué tres puñales de iguales dimensiones y de un mismo temple, que repartimos con una especie de febrilidad masónica.

—Tú, dije á uno de mis hermanos, iras.....

—Yo, repuso, vaya por donde quiera, dejaré mi nombre por el de Braciano, ¿no te parece bien?

—Perfectamente.

—Veamos qué nacion debo recorrer.

—Tú debes concretar tus pesquisas á Venecia, ¿estas contento!

—¿Y cómo no estarlo si tengo mas probabilidad que vosotros de encontrar á Antonini?

—Pues bien, ya sabes quien te puede recomendar á alguna persona de Venecia.

—Yo, contestó el otro hermano que me seguía en edad, me llamaré Adriani.

—¿Te fijarás en Roma?

—Desde luego.

—Y yo, hermano, yo voy á recorrer lo restante de Europa, añadí con la tremenda entonacion que correspondia al mayor de los apóstoles de la venganza que premeditábamos. Sí, recorreré los países con infatigable celo, y allí donde halle á Antonini, mi brazo no vacilará.....

—Donde se encuentre á nuestro hombre, repuso Braciano, le damos muerte y nos llevamos si es posible la cajita.

—Pero nuestra idea fija debe ser asesinarle, indicó Adriani menos ambicioso que su hermano.

—La frente de Braciano se cubrió de rubor.

—¡Diantre! dijo de repente, ¿qué son estas iniciales?

—¿Dónde están? preguntó Adriani.

—Las dos iniciales C. B. que se hallan incrustadas en el mango de cada puñal, respondi, son las del nombre de nuestro padre.

—¡Ah! ah! ah! exclamó Frari en reconcentrada voz: ¿con que las iniciales son C. B.?

—Sí, amigo mio.

—¡Gran Dios! reflexionó Frari, ¿será posible que mi puñal, marcado con las mismas iniciales, pertenezca á Braciano? será posible que Braciano bajo el doble nombre de Geminiano haya asesinado á mi padre? ¡Ah! ah! ah!

Y Frari se hincó las uñas en la carne, lanzando una mirada terrible, sangrienta, que afortunadamente no la apercibió Alejandro Buxtof.

Una hora después, prosiguió este, hicimos tres partes la cantidad de dinero que nos restaba, y tomando cada uno la suya, nos dimos un fraternal y estrecho abrazo de despedida.

No se tardó mucho tiempo cuando nos diseminamos en líneas divergentes, meditando cada cual por su parte los medios mas óbvios y condu-

antes para perpetrar la sombría venganza en cuya sed se ahogaba nuestro corazón.

CAPÍTULO V.

PRINCIPIAN LAS ESPLICACIONES.

Ahora, amigo mío, continuó Buxtof, os voy a iniciar tanto en la suerte de mi hermano como en los medios por los que conocí a vuestro criado Castell, y supe algún incidente de la vida que conserváis por un milagro.

Tan luego como me separé de mis hermanos, abrumado de una tristeza inesplicable, debo confesar que me dirigí a Génova con la esperanza de encontrar, ó cuando menos oír hablar de Luneville, pues allí en el emporio del comercio, como en Nápoles y en todas partes, debía tener reputación de jugador, al menos que se hubiera retirado, lo que no era presumible, de aquella existencia de azar y violencia.

En vano fueron mis pesquisas.

Nadie conocía a Luneville.

Nadie me hablaba de Pilar.

Nadie me consolaba.

Y entonces desecándose poco á poco mi corazón de las emociones amorosas que le agitaban con sus ráfagas de ilusión y fuego, me decidí á buscar al hombre, que nos había arruinado y hecho en su consecuencia que se suicidase mi pobre padre.

Sali de Génova, esa ciudad del monopolio que va eclipsando las glorias mercantiles de Venecia, y anduve errante casi toda la Italia; registré el seno de Austria, visité en Rusia tanto los salones del Czar, como las cabañas de los aldeanos, me interné lo mismo en los clubs aristócratas de París, como en sus hediondas tascas; pasé á Inglaterra, toqué en España, y lleno de zozobras, pobre, solitario, rodeado de privaciones, desesperanzado de encontrar al hombre que buscaba, enderecé mi incierto rumbo hacia el puerto de Ostia, cerca de Roma, y descansé algunas semanas.

Como Roma era el punto convenido para reunirse los tres hermanos, encaminé hacia ella sin ilusiones en la mente, ni fé en el corazón, agobiado de siniestros presentimientos.

Me hospedé en un hotel de humilde apariencia y por espacio de algunos días busqué á mi hermano Adriani, nada menos que donde en otro tiempo se perdió el mundo entero como un grano de arena en el inmenso receptáculo del mar.

Pero todas mis pesquisas fueron inútiles.

Entonces determiné buscarle en los alrededores, y una mañana me encaminé al cerco de Caracalla, lleno de ruinas, y cuyas derruidas concavidades repetían mis pasos indecisos con cierta hilaridad.

¡Ah! de pronto divisé bajo una bóveda una figura humana tendida en el suelo como una estatua derribada de su pedestal.

Me aproximé precipitadamente y me latía el pecho, y mis labios entreabiertos apenas exhalaban el aliento.

¡Ah! aquella figura humana, con su rostro amarillento y sus ojos yermos é hinchados, era mi hermano Adriani.

Estaba muerto.

Acercué mis labios abrasadores á los suyos helados, y estampé en ellos un beso de amor, inundándole con los raudales de lágrimas que manaban de mis turbios ojos.

¡Desgraciado hermano mío!

Después supe que aquella mañana había salido bueno de la fonda de Oriente donde había estado alojado, y según los médicos murió de un ataque de apoplejía fulminante.

Lo registré después que el dolor me dió tiempo para reflexionar, y hallé que tenía escondido en el seno el puñal con las iniciales y en los bolsillos algunas monedas de oro y una cartera.

Abri la cartera á la casualidad, fijándose mis ojos en los siguientes renglones que aun conservo en la memoria:

«No puedo perpetrar la venganza que medito.....

«Es una idea estéril.

»Y sin embargo, no la puedo apartar de la imaginación.

»Cada día que pasa es como un panal que me destroza el pecho, donde se elaboran los dolores mas inauditos.

»Para distraerme doy pábulo á la inclinación que siempre he tenido.

»Estudio química.

»Ya he confeccionado una nueva pastilla narcótica, que, según entreveo, tendrá grandes aplicaciones.

»Yo cavilo en mil cosas.....

»Pero todas ellas se reúnen en un solo cauce.

»Ese cauce es sangriento.

»Porque es donde van á parar los pensamientos terribles que me sugiere la sed de venganza que me aqueja.

»¡Pobres hermanos míos!

»¿Cómo estarán?

»¡Yo os doy desde aquí un adiós! que se escapa de mi corazón como un suspiro.

»No sabéis los riesgos que he corrido.

»¡Ah! un día me libró de la muerte, se puede decir, un hombre que no conocía.

»Después llegó á mis noticias que era un verdugo de la insigne ciudad, esta ciudad donde respiraron los Césares y los Nerones, donde han cruzado como tempestades todo lo malo de la sociedad, donde ha existido todo lo bueno que la imaginación puede concebir en sus raptos de abnegación.

»Aquel verdugo tenía por nombre Castell.»

—¿Cómo! exclamó Frari, ¿Castell un verdugo? habeis dicho eso?

—¿Qué os maravilla?

—¡Pero es imposible lo que me decis! ¡Si Castell no tenía ánimo para ahorcar de veras una tórtola! Además estaba en mi casa sirviendo.

—En qué época.

—Un año poco mas ó menos antes de casarme.

—Y no reparais que fué anterior el tiempo á que nos referimos.

—Es cierto.

—Pues bien, prosiguió Buxtof, inmediatamente di parte á la autoridad de que había un difunto en el cerco de Caracalla, sin decir que era mi hermano, en cuyo entierro gasté las monedas de oro que había encontrado en sus bolsillos.

»Pasaron algunos días y gasté el último óbolo.

El porvenir se me aparecía sombrío y tempestuoso, y las sendas de salvación que restaban, no podían estar mas rodeadas de abismos inconmensurables.

Entonces fué cuando os conocí.

Vuestra sortija reducida á piastras, profanación de amistad que es disculpable en las circunstancias climatéricas y calamitosas que atravesaba, me inspiró magníficos deseos de holgazanería, ó mejor dicho, magníficas curiosidades hacia las antiguas artes de Roma.

Cuando el crepúsculo vespertino bordaba de dulces sombras las cúpulas de los edificios, me hallé una vez en el Pópulo, después de contemplar el Aventino y el castillo de san Angelo, donde tantas escenas se verificaron con la oscuridad y el silencio.

Una suave brisa refrescaba la atmósfera y susurraba entre los frondosos pinos, siempre matizados de verde, que parecen coronar la capital del Estado pontificio.

¡Cuántas reflexiones me brotaron á la imaginación aquellos recintos!

Allí, donde un día el pueblo soberano mujía como las olas de un mar proceloso, allí imperaba el silencio de los sepulcros.

Aquella Roma dueña del mundo estaba convertida en viejas ruinas, no vivía con su grandeza y su influencia omnipotente, sino en la memoria de los tiempos que habían volado.

¿Qué era ya la terrible roca Tarpeya?

¿Qué era ya el monte Aventino?

¿Qué era ya el Capitolio?

Entonces la roca Tarpeya no era mas que un precipicio donde anidaban las aves; el monte Aventino un punto culminante y á propósito para la perspectiva, el Capitolio, un cuadro de arquitectura sólida y augusta.

Y es que los imperios mueren de apoplejía, por

decirlo así, como un ser viviente cuyas venas no pueden contener tanta sangre.

Es que las ciudades jamás llegan á su decadencia sino cuando tocan á la plenitud de su poder.

Es que las obras de los hombres perecen en su misma grandeza, al contrario de las obras de Dios.

Se tira una piedra en un lago y el círculo que se forma se disipa en su misma estension.

Lo mismo todas las cosas.

Porque los hombres, en su orgullo, se olvidan de que todas las perennes maravillas de Dios están basadas en dos grandes fuerzas, que constituyen la armonía. La fuerza centripeta y la fuerza centrífuga.

Y como la última predomina en los imperios en que hay demasiada superabundancia, como todos tienden á su ensanche en desproporción con la fuerza centralizadora, de ahí proviene que las naciones se derroquen cuando parece que están mas asentadas sobre su inmenso pedestal. Sería una nación eterna aquella cuyo cuerpo fuese la gravedad del derecho.

Ensimismado me hallaba en estas y otras reflexiones, cuando dirigí los pasos hacia el Capitolio, creyendo oír todavía la voz sonora, argentina y majestuosa del padre de la elocuencia romana, aquellas frases magníficas que brotaban en ricos raudales de los labios de Ciceron.

De repente oí un ligero rumor como el que produce la brisa por intervalos entre el follaje de los árboles.

Apliqué el oído y distinguí un acento humano. Entonces, por una precaución instintiva, retrocedí algunos pasos apostándome tras de la estatua de uno de los poetas mas célebres de la antigüedad romana.

A poco sentí pasos cerca de mí.

Luego llegaron á la estatua dos figuras humanas y se pararon hablando por lo bajo.

Un rayo de la luna me permitió ver las facciones de dos personajes que tenía delante, y eran un hombre y una mujer vestidos con decencia.

—Ya veis, decía ella con acento ahogado y suplicante, todo lo he espuesto, hasta mi reputación, por venir aquí. ¿Y no accedeis aun á mis súplicas? seréis tan cruel que querrais destrozar el corazón de una madre?

—¡Ay, señora! contestó su interlocutor, por mucho que lo sienta me es fuerza confesaros que pedis casi un imposible.

—¡Dios mío! ¿Con que he de ver subir al patíbulo á mi hijo único? con que he de apurar hasta la hez la copa de la vergüenza y del martirio?

—¿Y olvidais, señora, que yo nada puedo entender en eso? no sabéis que no soy sino un simple verdugo? ¡Pero un verdugo á quien la ley manda estrangular, y estrangula; un verdugo á quien la ley manda decapitar, y suelta el hacha sobre el cuello de la víctima!

—Bien sé que únicamente sois un instrumento de esa justicia, á quien en vano he suplicado en medio de ricas promesas y dádivas; ¿pero no teneis un corazón generoso?

—¡Ay, señora! valen tan poco en la sociedad los buenos sentimientos!

—¿Con que no me dais esperanza?

El verdugo guardó silencio.

—Escuchad, añadió la dama, ¿no se podría hacer un subterráneo que se comunicara con su calabozo?

—Apenas queda tiempo para practicar dos varas de socavo hacia la prisión.

—¡Estoy perdida! ¡Dios mío! Dios mío!

—¡Ah! exclamó el verdugo.

—¿Qué! ¿Habeis encontrado algún medio?

—Uno, señora.

La dama levantó las manos al cielo.

—¡Pardiez! prosiguió el verdugo; había olvidado unas pastillas que estienden una muerte ficticia sobre el individuo que las chupa, y que nos pueden ser de utilidad inmensa, puesto que teneis ganados los médicos, y vuestro hijo está condenado á la horca. Esperad aun, señora, esperad.

—¡Me devolveis la vida! murmuró la dama



....Visité en Rusia tanto los salones del Czar como las cabañas del aldeano.... (Pág. 343, columna 1.ª)

con una exaltación difícil de pintar. ¡Gracias, Castell! ¡No está demás advertiros que podeis contar con todo el dinero de mi casa, con el buque que poseo, y sobre todo, con la eterna gratitud de mi corazón!

—No dudeis, señora, que solo pienso en devolver un hijo a su madre.

La dama tomó la mano del verdugo, y aunque este se resistió, aquella mano ensangrentada tantas veces, recibió un beso sincero de agradecimiento.

Tan ciego es el amor de una madre que muy pocas veces se para en el oficio que ha tenido la mano que hace bien a su hijo.

Después no sentí nada.

Pero luego que vi desaparecer aquella dama, salí de trás la estatua que me habia servido de pantalla, poniéndome ante la espantada figura del verdugo, que exhaló un grito de sorpresa.

—¡Qué habeis oido! exclamó con voz destemplada.

—Permitid os diga que no he perdido una frase de vuestro diálogo.

—¿Pero vos no me podeis probar nada, caballero?

—Eso me importa poco.

—Entonces ¿qué quereis? ¿quién sois?

—Para manifestaros la idea que he concebido, necesito primero que sepais los lazos de parentesco que me unen con Adriani.

—¡Ah! ah! exclamó el verdugo respirando, en tanto que brillaban de alegría sus ojos diminutos; ¿con que sois pariente de Adriani?

—Soy hermano.

—¿Entonces nada tengo que temer! ¿No es cierto, caballero?

—Sin duda; pero creo que eso solo será suficiente para que lleveis á cabo el plan que he concebido.

—Explicaos, caballero.

—Seré claro y terminante.

—Veamos.

—Dentro de algunos meses me veré reducido á la miseria, y necesito una posición lucrativa,

¿me entendeis? Creo que el secreto de esa señora, y sobre todo, nuestras relaciones, valen algo mas.

—¿Y qué destino deseariais desempeñar?

—¿No tiene un buque esa señora?

—¡Diantre! ¡diantre!

—¿Voy descaminado?

—Sepamos; ¿entendeis de marina?

—Lo bastante para ser capitán de un buque.

—¡Cuidado, caballero, que eso es mucho pedir!

—¿Se os ha olvidado que tengo en la mano un talisman de destinos? Podeis manifestárselo así á la señora.

Un instante después, el verdugo se marchó, advirtiéndome que á los ocho dias me esperaba trás la misma estatua.

¡Por vida de Dios! exclamé gozoso para mis adentros; ¡y luego dirán que los grandes genios no producen beneficios aun en la misma tumbal! ¡Quién sino Ciceron ha podido inspirarme la idea magnífica de visitar los alrededores del Capitolio?

A los ocho dias volví á ponerme trás la consagrada estatua.

El cielo estaba puro y sereno.

La luna, colgada entre transparentes pabellones de azul, difundiendo en la inmensidad una grata y tibia luz, parecia una hermosa lucerna. De repente oí pasos.

—¿Dónde estais, señor? dijo una voz.

—¡Hola, Castell! exclamé destacándome de la estatua, ¡os doy las gracias por vuestra puntualidad!

—¿Estais solo?

—Enteramente solo.

El verdugo dió un paso hácia mi, y su sombra se estendió jigantescamente.

Mis ojos seguian todas sus actitudes.

Su mano derecha, pendiente hasta entonces en su respectivo lado, hizo un movimiento de abajo arriba, que se truncó al ponerla á la altura de un bolsillo, de donde erguida y bienhechora, sacó un rollo de pergaminos.

Entreabrí los labios para soltar una exclamación de alegría; pero acordándome de que hasta el fin nadie es dichoso, se cerraron paulatinamente sin exhalar el mas leve tono.

—Aquí teneis, dijo el verdugo, estos pergaminos, que son vuestro nombramiento de capitán. Tomé los pergaminos con mano temblorosa y me deshice en protestas de gratitud y en alabanzas.

—Callad, señor, no merezco vuestros encomios. ¿Quereis saber lo que dice el pueblo cuando salgo á la calle? ¡El verdugo! el verdugo!

Y me indican con dedo despreciativo.

—¡Oh! si todos conocieran la honradez de vuestra alma!

—Debe ser negra y empedernida, dice también el vulgo, cuando profeso un oficio tan denigrante.... ¡Oh, si! esto de cortar cabezas, ¡Dios mío!... pero, prosiguió el pobre Castell, indicando con el tono la firmeza de la resolución que abrazaba, pronto no me llamarán el verdugo, si, muy pronto.... yo no puedo oír el acento con que un hombre lanza su último gemido; no puedo sentir sobre mi mano la postrer gota de sangre de un moribundo.... ¡Dios mío! Dios mío! ¡La sociedad no comprende el corazón cuando hace que uno sea verdugo por fatalidad!

—Os compadezco, Castell.

El verdugo ahogó un quejido.

—Pero eso no es del caso, añadió, ahora lo que importa es que estais colocado.

—¿Y dónde debo encontrar el buque?

—Pasado mañana anclará en Civita-Vecchia, y tan luego como presenteis los pergaminos á la persona que os los pida, y que ya os conocerá por la filiación que tendra en su poder, os haréis cargo del mando del buque, de cuyos marinos haréis un nuevo rol para remitirlo á la señora Narvi.

Esto diciendo, el verdugo me saludó y se marchó.

Desde aquel momento me olvidé de todo en el mundo, para pensar en mi nueva é inesperada posición; de todo, sí, menos de la venganza que



EL MARISCAL VAILLANT, MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO DE ITALIA.

aun me parece oír reclamar á mi padre desde el fondo del sepulcro.

Veinticuatro horas despues hollaba con pié firme las arenas del puerto de Civita-Vechia.

(Se continuará)

HISTORIA DE LA GUERRA

DE LA

INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuación.—Véase el n.º 21).

Al dar cuenta de las operaciones militares que han empezado en Italia, no es nuestro ánimo dis-

cutir ni criticar, sino esponer únicamente los movimientos que se efectúen, indicando su razon probable. Las noticias que se dan diariamente en los periódicos políticos adolecen de la confusion que reina en los pormenores procedentes del teatro de la guerra. Asi es que muchas veces se consigna la aparicion de cuerpos de ejército, donde no ha habido mas que simples patrullas; y errores tipográficos, demasiado frecuentes, desnaturalizan los nombres de los lugares. De este modo acontece muy á menudo que algunos pueblos que tienen idéntico nombre, poco lejanos unos de otros, pero colocados en direcciones muy distintas, se ven confundidos, y el lector que quiere seguir los movimientos de los ejércitos, se halla desorientado completamente. Por lo mismo, y á fin de evitar inconvenientes semejantes, procu-

rarémos, por medio de buenas cartas geográficas, rectificar esos errores ó esas falsas indicaciones, y fiarnos solo en documentos que con frecuencia son menos contradictorios de lo que se supone á primera vista.

Las tropas francesas no tenían, para penetrar en Italia, sino muy pocos caminos practicables en la estacion en que nos hallamos. En primer lugar, el monte Cenis: las tropas procedentes de Paris ó de Lyon, pudieron llegar en camino de hierro hasta san Juan de Maurienne, en Saboya. Desde este punto, donde concluye la via férrea, llamada de Victor Manuel, hasta Susa, hay 90 kilómetros pasando la falda del monte Cenis, ó sean dos etapas largas y difíciles, durante las cuales la marcha ha sido entorpecida varias veces por brumas espesas y tormentas de nieve,

que han debido atrasar mucho el paso de la artillería y equipajes de toda especie. El tiempo, como decían los soldados franceses, siempre de buen humor, á pesar de la intemperie y el cansancio, continuaba siendo *austriaco*. Luego que las divisiones llegaron á Susa, se reorganizaron, y allí hallaban el camino de hierro que las trasladaba en dos horas á Turin. El trayecto es de 54 kilómetros.

Algunos cuerpos se han dirigido de Grenoble por el monte Cenís, subiendo el valle de Isera.

Las tropas que llegaban á Grenoble por el ferrocarril, tenían que hacer desde esta ciudad hasta Susa seis etapas por el camino más directo: dichas etapas, aunque no muy largas y que podían reducirse á cinco, eran, sin embargo, muy penosas por la naturaleza del terreno que había que recorrer, porque es preciso pasar la falda del Lauraret, que separa los valles de la Romanche y de la Guizanne, uno de los puntos más difíciles de pasar por ese lado de los Alpes; sigue luego la falda del monte Genève, por donde se va á Italia. En Susa vuelve á hallarse el camino de hierro de Turin. Una parte de las tropas dirigidas por Briançon, después de haber pasado el monte Genève, pareció dirigirse por Fenestrelles y Perouse hacia Pignerol, donde hay un empalme del camino de hierro que conduce á Turin.

El camino de la Corniche, siguiendo la orilla del mar, desde el Var hasta Génova, va á parar al valle del Pó por la falda de Tende, poniendo en comunicación el condado de Nice con el valle de la Stura, y por el de la Bocchetta, que desde Génova conduce al valle de la Scrivia.

Este camino hubiera podido servir á las tropas procedentes de la baja Provença; pero han sido trasladadas más rápidamente por mar.

En efecto, las tropas reunidas en Marsella y Tolón se han embarcado en buques de vapor que en quince ó veinte horas las han trasladado á Génova.

La distancia á que se hallaban las tropas francesas de Turin y de Alejandría, puntos amenazados por el ejército austriaco, y las dificultades que podían retardar su marcha, debían hacer temer que los invasores diesen un ataque vigoroso á Turin por una de las orillas del Pó, ó acaso por ambas orillas simultáneamente, si los generales austriacos disponían de fuerzas suficientes para esta doble operación.

Desde el Tesino, bien empezando en Buffalora, en Abbiategrosso ó en Pavia, no hay hasta Turin, siguiendo la orilla izquierda del Pó, más que 105 á 110 kilómetros. El camino es llano, y está surcado de ríos insignificantes que no ofrecen líneas de defensa. Los austriacos no debían encontrar resistencia alguna formal sino en el Dora Baltea, á 33 kilómetros de Turin, río, cuya orilla derecha había sido fortificada con atrincheramientos improvisados, que el ejército invasor habría podido muy probablemente atacar por la izquierda.

En Turin, los austriacos se hallaban colocados entre el ejército piemontés, reunido en el campo de Alejandría y los valles de los Alpes, por los que debía desembocar una parte de las tropas francesas.

Si un ejército en todo ó en parte hubiese maniobrado por la orilla derecha del Pó, habría podido llegar, sin entrar en batalla, hasta delante de Alejandría. Estendiéndose en dirección de Novi y de Gavi, cortaba por su izquierda la vía férrea que desde Génova conduce á Alejandría y á Turin. Además podía ocupar el paso de la Bocchetta, que es preciso subir cuando se sale de Génova.

Estas operaciones exigían, para que saliesen bien, que no se perdiera un momento en atacar, y marchar lo más rápidamente posible. Desde el momento en que la corte de Viena se decidía á incurrir en la reprobación que llevaba consigo el rompimiento de las negociaciones, debía tratar con secreto y celeridad. En vez de esto, deja conocer afortunadamente, dos días antes de la llegada á Turin de su enviado, el contenido del despacho de que era portador; cree deber conceder tres días al Piamonte, cuando bastaban veinticu-

tro horas para contestar á su *ultimatum*. En fin, no se decide á pasar el Tesino sino muchos días después de recibir la negativa que ya debía esperar. De este modo perdió ocho días, hasta que vinieron á reemplazar al buen tiempo las lluvias torrenciales, aumentando para su ejército las dificultades de la invasión. Así, cuando en la tarde del 29 de abril, desembocó por Pavia y Abbiategrosso, el ejército francés estaba ya avisado: los soldados franceses, procedentes de África y de Tolón, desembarcaban en Génova, y la primera columna de los regimientos de Lyon pasaba el monte Cenís y llegaba á Turin el 30 por la mañana.

Cualesquiera que sean las causas políticas ó militares de estas detenciones, es lo cierto que permitieron al ejército aliado llegar á tiempo para defender á Turin y Alejandría, haciendo perder al ejército invasor su movimiento ofensivo, su peligro y su importancia. El único resultado que podía prometerse el estado mayor austriaco, al pasar el Tesino, era llevar la guerra al territorio enemigo, explotar el país en beneficio de su ejército, y retardar el momento en que los franceses procurasen penetrar en Lombardia, cosa que no debe perderse de vista para juzgar la marcha lenta y melódica de los austriacos.

La existencia de numerosos canales, poniendo en comunicación los ríos que bajan de los Alpes y que sirven para el riego de los arrozales, había servido desde luego para cubrir de agua el valle del Pó; los caminos habían sido cortados por fosos practicados de cien en cien metros; los invasores se hallaban perdidos en medio de estos campos inundados.

Los soldados que se embarcaron en la escuadrilla del Lago Mayor, ocuparon á Intra, Pallanza y Arona, en la orilla occidental, cortaron los hilos telegráficos y se apoderaron de las barcas piemontesas, ó las obligaron á retirarse á los puertos suizos. Después nada se ha sabido de los movimientos que hayan podido hacer. Lo único que no puede dudarse es que los vapores armados del Austria recorren como dominadores las aguas del Lago, que separa las posesiones de las dos potencias rivales.

Las tropas que del Tesino pasaron á Abbiategrosso y á Bufalora, ocuparon primero á Novara y después á Vercelli y Sannazaro, en Sevia, el 2 de mayo por la tarde. Las que procedentes de Pavia, pasaron el Gravellone, canal que señala antes de esta ciudad, el límite de ambos estados, invadieron toda la Lomellina, en cuya capital, que es Lumello, ha plantado su cuartel general el comandante en jefe Giulay. Los austriacos han arrojado en seguida dos puentes sobre el Pó: uno entre las aldeas de Cambio, en la orilla izquierda, y de Salé en la derecha, encima del confluente de la Scrivia y debajo del de Tanaro; y el otro entre la Scrivia y la Curone, cerca de las ciudades de Gerola y Cornale. Las tropas que pasaron el Pó por estos puentes ocuparon á Castelnuovo de la Scrivia, Ponte-Curone, Voghera y Tortona. Después de exigir grandes requisiciones y destruir los puentes de la Scrivia, se retiraron precipitadamente hacia la orilla izquierda del Pó, cuya crecida amenazaba dejarlas sin comunicación, espuestas como estaban además á un ataque combinado por parte de los piemonteses que iban de Alejandría, y de las tropas francesas situadas en los últimos contrafuertes de los Apeninos, á 10 ó 12 kilómetros de Tortona. Los puentes arrojados sobre el Pó han sido destruidos.

Mientras los austriacos construían estos puentes, á poca distancia de su cuartel general, atacaban de una orilla á otra del Pó, primero cerca de Valenza, y luego en Frassineto, á tres kilómetros de Casale.

El primero de estos dos ataques tenía por objeto destruir los machones del puente de Valenza; el segundo no era probablemente sino con objeto de distraer al enemigo. En efecto, no es presumible que los sitiadores hayan querido aventurarse á pasar el río en medio de los acantonamientos piemonteses, en un punto donde la orilla derecha domina á la orilla izquierda, que estos

ocupaban, y donde no existe ningún ángulo que facilite la colocación de un puente.

Al mismo tiempo tenía lugar una demostración contra la cabeza del puente de Casale, probablemente para cubrir los reconocimientos colocados á lo largo del Pó hasta Trino, á 16 kilómetros de Casale, camino de Turin. Las tropas que habían hecho estos movimientos, se han replegado después en dirección á Vercelli, y el ejército austriaco parece rehusar su izquierda, mientras que prolonga su derecha hasta Gattinara, en Sevia, á 36 kilómetros al norte de Vercelli, y la cual se extiende en la comarca montañosa que separa los valles elevados de la Sevia y del Dora.

Es, pues, posible establecer en este momento las respectivas posiciones de ambos ejércitos.

La derecha de las tropas franco-piemontesas se apoya en Génova, plaza de primer orden.

Los dos cuerpos que han desembarcado en esta ciudad, los del mariscal Baraguay-d' Hilliers y del general Mac-Mahon, ocupan á Gavi, Novi, y el alto valle de la Scrivia, uniéndose por su izquierda con los cuerpos franceses y piemonteses, acampados alrededor de Alejandría.

Desde la retirada de los austriacos, toda la llanura, hasta el Pó, está en poder de las avanzadas francesas.

El cuartel general del virey Victor Manuel está en San Salvador, en un terreno situado entre Alejandría y Valenza, á 8 kilómetros de esta última ciudad.

La línea de las tropas piemontesas se extiende á lo largo de la orilla derecha del Pó, desde Valenza hasta el punto en que este río va á unirse al Dora-Baltea, más allá de Verruc. Por la cabeza del puente de Casal, colocada en la orilla izquierda, el ejército aliado puede hacer reconocimientos en la llanura que se extiende desde Sevia hasta Trimo. La línea de los piemonteses sube en seguida la línea recta del Dora, atrincherada hasta cierta distancia. Ocupa por destacamentos á Yorea, en el Dora, y parte de la región montañosa que se extiende hasta Domo d'Osola, en la desembocadura del Simplon, cerca del Lago Mayor.

Los austriacos ocupan en fuerza la línea del Sevia desde Vercelli hasta el punto en que este río se une al Pó; después la orilla izquierda del Pó hasta el confluente del Tesino, y probablemente el desfiladero de Stradella en la orilla derecha del Pó que cubre á Plasencia. Sus avanzadas se hallaban, según las últimas noticias, en Buronzo, en el Cerbo, más acá de Biella, y en Saluzzola, en el Elvo; en Santhia, en el canal de este nombre, en san Germano, en este canal, y en el camino de Vercelli á Turin, á 13 kilómetros de la primera de estas dos ciudades; en fin, sus vanguardias habían ocupado momentáneamente á Biella, en el Cerbo, y Tronzano, aldea á unos 7 kilómetros antes de llegar á san Germano. Se fortificaban en esta última ciudad, en Vercelli y en toda la línea de Sevia; pero después parece que han abandonado la llanura inundada, que se extiende desde el canal de Santhia hasta el Pó.

Según las noticias del 10, el movimiento de concentración de los austriacos sobre el Sevia ha empezado por el abandono de la mayor parte de las ciudades ocupadas antes de llegar á este río.

Se habían estendido para procurarse viveres, é imponer contribuciones. Es probable que reunan actualmente sus fuerzas delante de Lumello, de Cozzo, en Cambio, de modo que puedan echarse rápidamente sobre el punto atacado, porque es evidente que ahora quieren permanecer á la defensiva.

Ambos ejércitos están, pues, frente á frente y los únicos obstáculos que pueden retardar ó impedir un choque son: primero, el Pó; después, el Staffora hasta el Sevia, que cubre la izquierda de los austriacos; después la llanura que se extiende desde el Sevia al Dora, llanura que ha sido inundada por los piemonteses para impedir la marcha del ejército invasor, y que este, dueño del canal del Santhia, está próximo probablemente á inundar á su vez, á fin de impedir cualquier ataque dirigido contra el centro de su línea.

Tales son hasta ahora los únicos movimientos que podemos mencionar, puesto que, hasta no tener mas informes, no podemos tomar por lo sério esas batallas que muchos periódicos han atribuido al cuerpo de ejército de Garibaldi, el cual si hubiésemos de creerlo, debería hallarse á un mismo tiempo en Pó y en Frassineto derrotando á los austriacos, por mas que la órden del dia del estado mayor piemontés no mencione aun su presencia; en Vercelli, donde habia penetrado y hecho numerosos prisioneros, despues de haber pasado sin ser visto por las avanzadas enemigas; en fin, no lejos del Lago Mayor, donde habia derrotado á un destacamento enemigo.

Nos hemos propuesto—y lo cumpliremos fielmente—la mayor reserva en la eleccion de noticias.

En la guerra que va á empezar, habrá bastantes combates, bastantes encuentros y acciones verdaderas, para que tengamos necesidad de referir ahora á nuestros lectores batallas fantásticas y encuentros por demás dudosos, siendo como es casi imposible, dar en la actualidad una verdadera idea de los movimientos y de la situacion de ambos ejércitos.

Los importantes grabados que acompañan hoy á nuestra narracion, representan: el primero, al mariscal Vaillant, ministro de la Guerra hasta hace poco en el vecino imperio, y el cual ha sido nombrado despues mayor general del ejército de Italia, en remplazo del mariscal Rendon, hoy ministro de la Guerra. La parte tan activa que tomó, siendo ministro, en la organizacion del ejército de los Alpes, nos ha movido á colocarle en primera linea en la galeria de retratos que nos proponemos ofrecer á nuestros lectores. El segundo grabado representa el recibimiento de las tropas francesas en Susa por el rey Victor Manuel. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la eleccion de los asuntos.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION RELIGIOSA.

LA VIRGEN MARIA. (Artículo II.)

EFEEMÉRIDES RELIGIOSAS.

RETRATO DE HILDEBRANDO S. GREGORIO VII.

El mes de mayo es el mes consagrado especialmente á la Madre del Redentor. Las flores con que en otro tiempo coronaban los gentiles el árbol de mayo, coronan hoy la cabeza de Maria; y aquellas guirnaldas profanas forman sobre sus altares un trono de perfumes. Por una circunstancia particular no se celebra en el mes de mayo festividad alguna á la santísima Virgen, lo que parecia dar á entender que el mes todo entero debe serle consagrado. Mucho tiempo antes que de Italia nos viniese la piadosa practica de las flores de Maria, en España, en todas partes, en las iglesias, en los monasterios y los oratorios, en las casas, en las calles, en las plazas públicas y hasta en los campos donde habia altares ó capillas de la Virgen, se juntaba el pueblo en el mes de mayo para pagar á la Madre de las Misericordias, un tributo de homenaje y de honor ante alguna de sus veneradas imágenes. Por eso creemos que este mes es el mes á propósito para continuar á nuestros lectores la historia de Maria, que comenzamos en el número 14 de LA LECTURA PARA TODOS, al hablar de la Encarnacion del Hijo de Dios.—Continuaremos esta interesante materia.

II.

Quando César Augusto mandó hacer un padron ó censo general de todos los súbditos de su imperio, José y Maria se vieron obligados á ir desde Nazaret á Belen, donde, no encontrando lugar en las posadas, se vieron obligados á colocarse al abrigo de un establo, bajo un arruinado portal. En aquel establo parió la Virgen Maria á Jesus, sin asistencia de nadie ni dolor alguno. Lo

envolvió ella misma en los pañales, y lo colocó en el pesebre sobre un poco de paja. No lejos de allí habia unos pastores que velaban sobre sus rebaños. De pronto un ángel se presentó ante ellos rodeado de una luz divina, que los llenó de un temor estremo. «No temais, les dijo el ángel, os anuncio una grande alegría: hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador, que es el Cristo ó el Señor. Le reconocereis en un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»

Al momento se unió al ángel una tropa del ejército celestial alabando á Dios y diciendo: «Gloria á Dios en lo alto de los cielos, y paz á los hombres sobre la tierra de buena voluntad.» Cuando se retiraron los ángeles del cielo, llevándose su divina armonia y su esplendor, dijeron los pastores: «Vamos hasta Belen y veamos lo que ha sucedido y lo que el Señor nos ha hecho conocer.» Corrieron apresuradamente á Belen, y hallaron á Maria y á José velando sobre el niño reclinado en el pesebre, segun el oráculo del Altísimo. La Virgen Maria no rehusó decir lo que el ángel les habia revelado; pero conservaba en su corazon todas aquellas cosas gloriosas y las cubria con un inviolable silencio, para demostrar, dice un antiguo Santo Padre, que era tan discreta su boca como casto su cuerpo. Volvieron los pastores alabando á Dios de lo que habian visto y oido, y se llenaron de admiracion cuando por ellos supieron las maravillas de aquella memorable noche.

La Iglesia celebra á la media noche el 25 de diciembre el nacimiento de Jesucristo, y á la aurora de aquel mismo dia, el recuerdo de la adoracion de los pastores. El 1.º de enero celebra la fiesta de la circuncision, la humildad del Criador, sometiendo á la ley hecha únicamente para la criatura. En esta circunstancia recibió su nombre, aquel nombre traído del cielo por un ángel, y bajo el que se inclina toda criatura. Fué llamado *Jesus*, es decir, *Salvador*.

Poco tiempo despues unos Magos ó sábios, que la tradicion presenta tambien como reyes ó príncipes, y que probablemente eran del país de Arabia, habiendo visto en el firmamento una extraordinaria estrella, creyeron en el fuego de esta luz celestial, que iluminaba su corazon, como un astro nuevo que heria su vista, que habia sido dado al mundo, por fin, el Rey de los Judios, anunciado por los profetas y esperado por las naciones. En esta persuasion y á vista del maravilloso fenómeno, los Magos ó filósofos acudieron á Jerusalem, preguntando en qué lugar habia nacido el Rey de los Judios. «Porque, dijeron, hemos visto su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle!» Herodes, rey titular de la Judea, sabiendo que ricos estranjeros buscaban un niño á quien estaba prometida la soberania del país, y no levantando los ojos mas allá de una corona temporal, se sorprendió y se aterró de aquella rivalidad que venia á amenazar su trono tan penosamente afirmado. Toda Jerusalem participó de aquella preocupacion, aunque por motivos muy diferentes que los de Herodes, que era muy odiado.

Reunió el rey á los príncipes de los sacerdotes y á los doctores de la ley, para saber de ellos dónde debia nacer el Cristo. Respondieronle unánimemente que en Belen de Judea, segun los formales oráculos del profeta. Hizo llamar á los magos, los vió en secreto, y se enteró con gran cuidado del tiempo en que se les habia aparecido la estrella; y mandándoles á Belen, les dijo: «Id, informáos exactamente de ese niño, y cuando lo hayais encontrado, hacédmelo saber, á fin de que yo tambien vaya á adorarle.» Creia asegurarse de aquella causa que le alarmaba, y de quien la fama publicaba ya tan grandes cosas, y sofocar los destinos nacientes que ninguna mano del hombre podia evitar.

Habiendo oido los magos la palabra de Herodes, salieron de Jerusalem y tomaron el camino de la ciudad de David. Entonces la estrella que habian visto en Oriente y que ya habia guiado sus pasos, volvió á brillar de nuevo ante sus ojos, y los dirigió hácia la caverna en que se hallaba Jesus. Entraron, y sin que la estrema desnudez del nuevo monarca quebrantase su fé, le ofrecieron en presentes los tesoros que habian traído: el

oro, el incienso y la mirra. Disponíanse á volver al palacio de Herodes, no sospechando sus crueles proyectos; empero, advertidos en sueño de que no volbiesen á verlo, tornaron á su país por diferente camino. Los cristianos han colocado un altar en la iglesia subterránea de Belen, en el mismo sitio donde se hallaba la Virgen Maria cuando presentó su Hijo á la adoracion de los magos. Cuarenta dias despues del nacimiento de Jesus, Maria se fué al templo para cumplir con la ley de su patria, aun cuando de ella estuviese dispensada por el maravilloso carácter de su parto. Todas las mujeres que habian dado nacimiento á un hijo, debian ofrecerle en el templo, y someterse ellas mismas á la ceremonia de su purificacion. Maria, ilesa y sin mancha, obedece con humilde sentimiento á la ley que no la comprende y lleva la ofrenda, no de los ricos, sino de los pobres: las mujeres ricas presentaban un cordero, las mujeres pobres, dos tórtolas. Un hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba al consolador de Israel y al Salvador del mundo, habia conocido proféticamente que no moriria sin haber visto antes el objeto de sus ardientes votos. Aquel hombre se llamaba Simeon, y era muy anciano: vino al templo en el instante mismo en que Maria y José presentaban á Jesus. Recibió el niño en sus manos, y teniendo en sus brazos, lo ofreció al Eterno cual la victima destinada á salvar al mundo: despues en su transporte de santa alegría pronunció estas palabras tan célebres:

«Ahora, Señor, puede morir ya en paz nuestro siervo, pues que segun vuestra promesa, mis ojos han visto al autor de la salvacion que enviais delante de todos los pueblos para ser la luz que iluminará las naciones y la gloria de Israel, vuestro pueblo.»

Maria y José escuchaban aquellas palabras con admiracion y asombro. El anciano Simeon les bendijo. Despues añadió dirigiéndose á Maria: «Este niño ha venido para la ruina y la resurreccion de muchos en Israel. Será objeto de contradicciones; y vos misma, cuando los pensamientos secretos de algunos se os descubran, tendréis traspasada el alma con una espada de dolor.» Una santa mujer, llamada Ana, que pasaba sus dias y sus noches en la oracion y en el ayuno, sin salir del templo, vino tambien á unir su voz á todas las voces del cielo y de la tierra, que proclamaban las futuras grandezas de Cristo, y hablaban con entusiasmo de aquel niño, que debia regenerar á Israel. El recuerdo de estos sucesos y del dia en que pasaron, está consagrado por una fiesta señalada en el dia 2 de febrero, y que ha sido por muchos tiempos solemnizada con el mismo descanso que el domingo.

Quando se verificaron estos misterios, Dios que no queria entregar el divino niño á la celosa crueldad de Herodes, hizo avisar á José por medio de un ángel, de que debería huir á una lejana y estraña comarca. «Levántate, dice un ángel á José, toma el niño y su madre, huye á Egipto, y permanece en él hasta que yo te lo advierta; porque sucederá que Herodes buscará el niño para hacerle morir.» Inmediatamente se levanta José, toma el niño y la madre, y marcha aquella misma noche dirigiéndose á Egipto, donde permanecieron hasta la muerte de Herodes. Parece que aquella tierra se ha estremecido bajo los pasos del desterrado; y que ha querido reconocer la hospitalidad que en ella encontraba dejando un germen fecundo de fé y de caridad. Los antiguos han escrito que los árboles se agitaban al paso del Dios oculto; que los ídolos vacilaron y cayeron de sus pedestales. Lo que hay de cierto es que el Egipto abrió á la predicacion evangélica un oido mas dócil que la mayor parte de las demás regiones del mundo, y que allí se vieron florecer con un inaudito brillo todas las virtudes del cristianismo. Era como el jardin de la Iglesia primitiva, donde los mártires, los anacoretas y los doctores, como flores radiantes, derramaban la suavidad de los mas ricos perfumes. Escritores del siglo IV, apoyándose en respetables tradiciones han dicho, que el Señor habia penetrado en su viaje hasta Hermópolis, en la Tebaida, á las mas de doscientas leguas de Jerusalem.

Habiendo Herodes aguardado en vano á los magos, vió que le habian engañado y entró en violenta cólera. Escritad además por su habitual desconfianza, y cruel por otra parte hasta el punto de no haber perdonado ni á sus propios hijos, cometió una inhumanidad que quedó memorable entre los mismos paganos. Envió gente armada para hacer perecer todos los niños de dos años abajo, en Belen y los pueblos de alrededor, esperando envolver así en el asesinato universal al que habian osado saludar Rey de los Judíos. Este fué el cumplimiento de aquella palabra de Jeremías. «Se alzó una voz en Rama: eran lloros y gritos lamentables: Raquel lloraba sus hijos y no quería ser consolada porque no existían.» Empero la crueldad de Herodes fué inútil: primero, porque el Rey de los Judíos se hallaba fuera del alcance de su espada; después porque él mismo iba á sucumbir, no llevando consigo otra cosa mas que el horror de sus contemporáneos. La historia ha conservado la palabra pronunciada por Augusto cuando supo la trágica ejecución de Belen. La Iglesia, que conserva la memoria de todos los que son víctimas de la fuerza brutal y que padecen por la justicia, honra como mártires á los inocentes inmolados por la espada de Herodes.

Poco tiempo despues recibió aquel principe bárbaro el castigo providencial de su crimen y de aquellos con que tenía ya antes manchadas sus manos. Vió amenazados sus dias por su hijo mayor, y ordenó darle muerte. Receloso é inconstante cambió varias veces el órden de sucesion entre sus otros hijos. Aborrecido de los judíos, habia reunido los principales de la nacion con el designio de inmolárlas en su último dia, á fin de que llorase toda la Judea en el momento de sus funerales. Atacado, por último, de una horrenda enfermedad, se vió atormentado con dolores inauditos, y pereció como herido por la severa mano de la Providencia.

Muerto Herodes, y reinando en Judea su hijo Arquelao, el ángel que se habia aparecido á José para aconsejarle su fuga, volvió á aparecersele para aconsejarle su vuelta. «Levántate, le dijo, toma el niño y su madre, y marcha al pais de Israel, porque los que trataban de hacer perecer al niño, han muerto.» Inmediatamente obedeció José; pero habiendo sabido que era Arquelao el que reinaba en Judea, temió ir allí por una advertencia del cielo, y se retiró á Nazaret, en la Galilea, donde el nacimiento de Jesus no habia tenido tanta celebridad como en Jerusalem. Allí pasó Jesus treinta años de su vida; allí vivia la santa familia en el trabajo y en la humildad, ennobleciendo los trabajos mas despreciables, santificando la fatiga y los sudores arrancados por el trabajo, y dando así á la vida mas oscura el secreto de llegar á una gloria y á una felicidad inmortal. Cristo Dios, hecho hombre, se dignó conocer el hambre, el trabajo y la muerte: esas tres cosas contemporáneas de la humanidad, y las dejó subsistir en el mundo á fin de hacernos comprender cómo debe sufrirse las para vencer un dia y cambiar todas esas necesidades humillantes en otros tantos títulos ilustres á una vida mejor y mas duradera.

José y María iban todos los años de Nazaret á Jerusalem para celebrar allí la fiesta de la Pascua. Cuando Jesus llegó á los doce años de edad, le llevaron allí con ellos. Pasada la fiesta, volvieron á Nazaret, sin que echasen de ver que Jesus se habia quedado en Jerusalem. En la creencia de que estaria con sus parientes ó sus amigos, José y María caminaron durante un dia. Pero llegada la noche, no lo encontraron ni en la compañía de sus parientes ni en la de las personas que mas le conocian. Alarmados, volvieron á Jerusalem, lo buscaron por todas partes, y al tercero dia descubrieron por último á Jesus bajo el pórtico del templo donde ordinariamente se reunian los doctores de la ley. Hallábase sentado en medio de ellos para instruirlos, no como un maestro, porque queria mostrar la modestia que conviene á los niños, sino haciendo preguntas y dando respuestas luminosas y sábias que admiraban á todos sus oyentes.

Cuando su santa Madre le encontró y le pre-

guntó con ternura por qué los habia afligido así: «¿Por qué me buscáis? respondió el divino maestro, ¿no sabeis que es preciso que me ocupe de lo que concierne á mi Padre?» Pero en aquel momento José y María no penetraron todo su pensamiento, porque arrojaba los primeros rayos de aquella luz de que mas tarde llenó el templo, la Judea y el mundo entero. Volvió con ellos á Nazaret y permaneció sumiso y obediente á sus órdenes.

Se cree comunmente que Jesus tenia veintinueve años cuando el hombre justo y puro, que fué elegido para esposo de la Virgen María, abandonó este mundo, sostenido en sus últimos instantes por aquel cuyos primeros pasos habia guiado y protegido su infancia. Sin duda José espiró en la paz traída sobre el portal de Belen por los ángeles del cielo, y sin duda por esto se le invoca como el patrono de una buena muerte, y es en la Iglesia objeto de un culto respetuoso y tierno. María, experimentada por esta pérdida, debía muy pronto prepararse á otros dolores.

Efemérides religiosas. — 22 de mayo de 387. — Muerte de Constantino el Grande, el pacificador de las persecuciones que durante tres siglos habia sufrido la Iglesia.

24 de mayo de 1083. — Muerte del papa Gregorio VII, el pontífice mas grande que ha ocupado la silla Apostólica.

En medio del caos de la edad media, donde todo parecia libertad, y donde todo no era mas que esclavitud, en aquella vasta negacion de las luces y de la armonia, el clero, que antes habia dado grandes pruebas de virtudes sociales; el clero, que habia establecido en España el poder moral de la monarquía; el clero, que habia sido en Francia el poderoso auxiliar de Carlo-Magno en sus nobles resoluciones; el clero, sobre todo en Italia, habia caído de toda su grandeza primitiva en una parte de sus representantes mas elevados en dignidad. Ya no eran los obispos aquellos ancianos venerables que en otro tiempo instruian las poblaciones, tanto por su doctrina, como por sus ejemplos: el desórden se habia deslizado en sus cargos, donde no se debía encontrar sino la majestad católica, y la depravacion habia llegado á su último punto. Los destinos del clero los daban independientemente por sí los señores. La religion y la moral faltaban á la vez en una sociedad que se desorganizaba ella misma en la fiebre de la discordia y de las victorias brutales; en una sociedad cuyos miembros se batian como salvajes los unos contra los otros, que no sabian de dónde partia ni á dónde iba. Parecia el Occidente un grosero Hércules, cuya felicidad consistia en hollar cadáveres para engolfarse despues en el mas vergonzoso materialismo. En vano muchos escritores, muchos monjes, muchos obispos, puros en medio del contagio general, protestan; nada pueden. Lo presente se alza contra las virtudes de lo pasado. En esta situacion aparece un hombre, que solo con su genio, solo con sus virtudes, solo con su dulzura, solo con su voluntad, iba á hacerse realmente el monarca, el regenerador de la Europa. Hildebrando, tan célebre despues bajo el nombre de Gregorio VII; Hildebrando, natural de Saona, en Toscana, hijo de un pobre carpintero, como el Redentor del mundo, entra desde jóven en el órden de Cluni. Con su talento gobierna la Iglesia como cardenal, bajo cuatro pontífices, Victor II, Estéban IX, Nicolás II y Alejandro II. Despues de haber, durante veintitres años, tratado los negocios de la Europa y juzgado su situacion; despues de haber viajado por todos los paises, examinado los pueblos y los reyes, sondado el corazón humano y visto con el ojo del genio los destinos del cristianismo, consintió á su vez en subir al trono pontifical, bajo el nombre de Gregorio VII, en 1073, con su plan entero formado en la cabeza. El mismo ruega á Enrique IV, emperador de Alemania, que no consienta en su eleccion. Enrique la aprueba á pesar de que le declara Gregorio que si el gobierno de la Iglesia queda en sus manos, no dejará impunes sus crímenes. Los crímenes del emperador eran sus escandalosos desórdenes, sus abusos de poder y el tráfico que hacia de las cosas santas. Moralizar la sociedad, sus-

tituir el órden á la fuerza y á la anarquía, hacer de la Europa una republica cristiana, constituyendo la monarquía universal de la Iglesia; tal era el proyecto gigantesco de Hildebrando, alimentado en el silencio del claustro y en el tumulto de los negocios, habiéndolo previsto y abrazado todo con un arte, con una precision admirable, y dispuesto á ponerlo por obra con una voluntad de hierro, con una ley inexorable. El vicario de Cristo, custodio de la verdad y guia de la moral, debía de ser el primero de los hombres, debía de ser tambien el mas santo y el mas digno de mandarlos. Tan grande resolucion necesitaba de una decision extrema, porque debía atacar todo lo que era poder en la sociedad, aristocracia, dignidad real, clero. Gregorio VII era un déspota enérgicamente constituido, un hombre del temple de Carlo-Magno, duro, astuto, impetuoso, infatigable, que comprendia mejor su siglo, y que hizo mas duradera su obra. Comenzó por poner al clero bajo su dependencia absoluta, haciéndole salir del régimen feudal, y quebrando todos sus vinculos terrestres, haciendo de los dignatarios eclesiásticos sus tenientes, y reservándose el derecho de convocar los Concilios. Un Concilio reunido en San Juan de Letran, en 1059, establece por ley el celibato, y desde este dia, en que la Iglesia vence las mas imperiosas pasiones de la naturaleza humana, pudo ya aspirar á vencerlo todo: su fuerza estuvo en su pureza. En aquel Concilio tambien se condenó la simonia, y se hizo renunciar á los emperadores á la investidura que daban á los eclesiásticos. Una sublevacion general se organizó contra el pontífice: el clero le trató de insensato, desgarró sus bulas y rechazó sus legados. Gregorio conocia toda su fuerza, y envió por toda Europa los monjes, enérgicos ejecutores de la reforma, que levantan en favor de ella un poder ignorado hasta entonces, la masa popular, sierva y oprimida, á la cual escitan contra los disidentes. Los principes intentan que los prelados, al romper sus vinculos de vasallaje con ellos, les abandonen los bienes inherentes al episcopado. Gregorio escribe á los principes que el oro es tan superior al plomo, como la dignidad episcopal á la dignidad real, la primera, establecida por la bondad divina, la segunda, inventada por el orgullo humano. Cuando todos los poderes, conmovidos con su reforma, ceden, arroja á la Europa como programa un célebre escrito, titulado: *Dictatus Papæ*, las sentencias del papa, libro que resume perfectamente los deseos que le habian inspirado las calamidades de que habia sido testigo. El papa se mezcla en las cuestiones de las familias, de los Estados, de los hombres y de las cosas, y declara á los habitantes de la Cerdeña y de la Hungria vasallos de la Santa Sede: prohíbe á los Bohemios y á los rusos oficiar en lengua vulgar, porque la Iglesia guarda en su seno la lengua del Imperio Romano, la lengua de la civilizacion huella todas las ideas aristocráticas, renovando los decretos sobre la tregua de Dios, prohibiendo los duelos y las pruebas judiciales, é intima á los reyes que su dignidad no debe de ser una tiranía, sino una proteccion para los pueblos.

Ante este lenguaje inaudito Felipe de Francia se humilla, todos los demás soberanos se plegan ante esta nueva potencia, que no tiene ni soldados, ni vasallos, ni tesoros; pero que está sostenida por la opinion pública, potencia desobedecida en Roma, pero venerada lejos de ella, despotismo absoluto y universal, cimentado en la masa popular, cuya libertad abatia todo lo que estaba sobre ella. Intima á Enrique IV, emperador de Alemania, que comparezca ante su tribunal para justificarse de los cargos que le hacian sus vasallos. Enrique reúne en Worms una Asamblea de Obispos, y los hace dar una sentencia, y deponen á Gregorio: este, á su vez, convoca un Concilio en Letran y hace escomulgar á Enrique, despojándole de sus reinos de Alemania y de Italia, dispensando á sus vasallos del juramento de fidelidad, y prohibiéndoles considerarle como su soberano. Enrique furioso, concibe proyectos estravagantes de venganza; empero se ve abandonado de sus aliados y de sus vasallos, y reducido á implorar el perdón del

papa de la manera mas humillante, en Canosa, á donde el papa le impone que se presente ante los señores alemanes para responder á las acusaciones que hicieran contra su conducta. Los Lombardos fueron testigos del desprecio con que se trató á su rey. La condesa Matilde, hija de Beatriz, hermana del emperador Enrique II y que poseía la mayor parte de la Italia, presenció también la humillacion de Enrique IV. Tres dias desde la mañana á la tarde, despojado de sus ornamentos imperiales, y cubierto de un cilicio, sin guardias, sin comitiva, con los piés desnudos sobre la nieve, y con la cabeza descubierta aguardó el perdon del papa. Este acto de humildad, en lugar de hacerle amigos, le privó de los que le restaban, y las principales ciudades lombardas se dispusieron á deponerle. Los príncipes sublevados eligen entonces á Rodolfo, duque de Suavia, y Gregorio se apresura á reconocer la validez de esta eleccion, que comienza una nueva y poderosa dinastia. Hace mas: le envia una corona sobre la que estaba trazado un verso latino.

Petra dedit Petro. Petrus diadema Rodolpho.

Júzuese de la actividad prodigiosa de este papa, de quien quedan mas de diez y ocho mil cartas, en las cuales se encierra todo el saber, toda la elocuencia, toda la historia de su tiempo.

La Italia y la Alemania arrian en guerras. La Lorena y la Provenza se dividian entre los dos emperadores, y esta fué una ocasion para que los señores de ellas se hiciesen plenamente independientes. Enrique IV, el enemigo mas terrible de Gregorio, hace elegir un antipapa, Gilberto de Ravena, bajo el nombre de Clemente III; derrota y mata á su adversario Rodolfo, y vencedor por todas partes penetra en Italia. El intrépido Hildebrando, amenazado de muerte, no abate en nada su altivez; obtiene de los alemanes que nombren otro emperador, deponen á Boleslao, rey de Polonia, que habia muerto con sus propias manos un obispo, y prohíbe á los prelados de aquel reino coronar en lo sucesivo á ningun príncipe sin orden de la Santa Sede; da la dignidad real al duque de Calabria; recibe la fé del Conde de Provenza y otros muchos vasallos del imperio, y brinda á Guillermo el Bastardo con el trono de Inglaterra. Para sostener sus mandatos envia por toda Europa sus cardenales, embajadores tan temidos como los de la antigua Roma, sin tener mas fuerza material que la que le daba Matilde, soberana de la mitad de la Italia superior, que consagraba todos sus talentos, virtudes y riquezas á la realizacion de los progresos de la Santa Sede, y que á su muerte le legó todos sus bienes.

A pesar de los esfuerzos de la heroica Matilde, Enrique IV llega con su ejército delante de Roma. El pontífice, inalterable, intima al emperador que renuncie su penitencia si quiere obtener su perdon. Roma es tomada por asalto. Gregorio se retira al castillo de San-Angelo, y desde allí escomulga á los vencedores: llega la defensa que habia preparado la Santa Sede para los tiempos de peligro. Roberto Guiscar con sus normandos viene en su socorro, arroja á los imperiales y arrebató al papa en medio del peligro, dándole un asilo en Salerno. A los pocos meses Gregorio, agobiado, pero no abatido, resignado en su desgracia y constante en sus ideas, muere en 1085 pronunciando estas palabras: *¡He huído de la iniquidad y muero en la indignidad!....*

¡La Iglesia no ha tenido mas que un solo pontífice como Hildebrando!!

27 de mayo de 1564. Muerte de Juan Calvino.
29 de mayo de 1453. Los turcos se apoderan de Constantinopla, y destruyen lo que quedaba del imperio griego.

29 de mayo de 1809. Muerte de Hayden, célebre músico religioso. Una de sus mas célebres sinfonías ha sido compuesta sobre las siete palabras de Jesucristo al espirar en la cruz.

30 de mayo de 1640. Muerte del célebre pintor Rubens.

31 de mayo de 1252. Muerte de Fernando III el Santo, rey de España, conquistador de Sevilla.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

EL BARÓMETRO.

Es sin duda alguna el barómetro uno de los instrumentos mas generalizados en la actualidad; su uso es casi continuo en la vida doméstica; sus indicaciones y la traduccion de ellas, se aprecian y esponen de una manera bastante exacta por todas las clases sociales: pocos ignoran su marcha meteorológica; pero aunque convengamos en estos particulares, que manifiestan de una manera patente la difusion de los conocimientos científicos, no por ser así, creemos superfluo entrar en algunos detalles que se contraen al uso y á la explicacion de las variaciones del barómetro; al enlace que media entre estas y los fenómenos meteorológicos que anuncian, y por lo tanto, á las conjeturas que pueden formularse, cuando se ha observado concienzudamente la marcha del instrumento que va á ocuparnos.

Pocos ignorarán que el barómetro, inventado en 1643 por Torricelli, es un instrumento que indica constantemente el peso del aire, por medio del ascenso ó descenso de una columna de mercurio espuesta á la presion del aire, la cual, por lo mismo, segun las variaciones de la presion que actúe sobre ella, acusará con sus distintas alturas, los limites entre los cuales se circunscriban aquellas. Sin detenernos en describir los diferentes sistemas que se notan en la construccion de los barómetros, deduciremos de la definicion, que del mismo acabamos de anotar, que su empleo nos procurará un medio para determinar las alturas á que nos elevamos en la atmósfera, y las variaciones del tiempo, puesto que la columna del barómetro, sensible, segun hemos dicho, á todas las causas que modifiquen el peso del aire, debe tener indicaciones para acusar cada una de ellas.

El uso vulgar, ó en otros términos, el empleo doméstico del barómetro, es diverso del que recaba la ciencia del mismo instrumento; en el presente artículo solo nos ocuparemos de sus aplicaciones comunes. Se denomina *altura* del barómetro, ó *altura barométrica*, la que alcanza en el instrumento la columna de mercurio que mide la presion atmosférica: como esta no es constante, el barómetro posee una escala graduada que indica sus variaciones. Por consiguiente, si queremos continuar en un punto dado una serie de observaciones meteorológicas, es preciso, en primer lugar, efectuar un estudio de las variaciones que acuse para el mismo lugar su altura barométrica. La amplitud de sus oscilaciones, es decir, la diferencia media entre la altura máxima y mínima, no es igual ni en todos los puntos, ni para todas las estaciones; y si dicha amplitud no es constante durante un dia, y es preciso determinar su valor medio, con mayor motivo será necesario fijar y conocer la altura media que corresponde á observaciones continuadas durante un mes, un año ó un número dado de estos. Insistimos sobre este particular, porque sin pretender que las indicaciones del barómetro hallen siempre una completa confirmacion con el cumplimiento de los fenómenos que prevenen; tampoco podemos convenir en que no sean causa de las diferencias que algunos atestiguan, entre las manifestaciones barométricas y el estado de la atmósfera, el abandono y descuido de sus observaciones, y la falta de tacto y antecedentes para traducir aquellas.

Pasemos, pues, á indicar, que siempre que se deseen emprender observaciones barométricas, principiaremos por no aceptar la indicacion de todos y cada uno de los elementos que en la escala del instrumento, marcan sus variaciones y el íntimo enlace de este con las de la atmósfera. Los constructores de los instrumentos que nos ocupan, sin tener en cuenta las numerosas circunstancias que influyen, no ya para que sean diversas las indicaciones barométricas entre naciones y provincias distintas, sino entre pueblos

de una misma comarca, han aceptado indicaciones uniformes para todos los países, y esta falta gravísima, ha sido causa, y en la actualidad lo es igualmente, de que hayan resultado falsas las indicaciones del barómetro, á causa, no de ellas, sino de la viciosa y errónea interpretacion fijada en sus escalas.

Para determinar la *altura media diaria* del barómetro, efectuaremos la suma de las alturas á que haya ascendido la columna de mercurio durante las veinticuatro horas de que consta el dia, y dicha suma dividida por 24, nos proporcionará el dato que deseábamos conocer. Si queremos fijar la *altura media mensual*, sumaremos, como en el caso anterior, las alturas medias diarias que se hayan obtenido, y dividiendo la adiccion por 30, número de dias de que consta el mes, poseeremos el dato que se queria determinar. Finalmente, la *altura media anual*, de la columna barométrica, se obtendrá sumando las alturas medias diarias que se hayan obtenido durante el año, y dividiendo la suma por el número de dias de que conste este. En posesion ya de estos datos, respecto á la localidad en que se hayan efectuado las operaciones, es indudable que relacionados con las variaciones atmosféricas, y con los diversos fenómenos meteorológicos, llegaremos á obtener indicaciones exactas de aquellas, y probabilidades tambien fundadas del cumplimiento de los ultimos, resultados útiles y convenientes para la vida doméstica y el ejercicio de diferentes industrias.

Supongamos que, segun nuestras consideraciones, se hayan determinado todas y cada una de las divisiones de la escala barométrica, habiéndose fijado tambien la relacion existente para una localidad dada entre la altura del mercurio y el estado de la atmósfera; en este caso, para seguir su marcha meteorológica seria conveniente recordar los hechos que vamos á formular, deducidos de las funciones generales que acusa la marcha general del instrumento que nos ocupa.

El ascenso y descenso irregular del mercurio, anuncia cambios en el tiempo; en general puede decirse, que las diferencias inconstantes que acusa el mercurio, denotan las mismas inconstancias en el tiempo.

El descenso del mercurio no anuncia siempre la lluvia, porque puede señalar vientos, puesto que estos al reunir ó separar los vapores acuosos y las nubes, aumentan ó disminuyen la masa de la atmósfera, y por lo tanto, segun la diferente naturaleza de los vientos, así serán las indicaciones del barómetro, que lo mismo anuncia la diferencia que media entre los vientos, que la que existe entre la lluvia y la sequedad. Los vientos *nortes, nordestes y estes*, son los que causan menor descenso en la columna del mercurio. Los vientos frios, que son los únicos que sentimos, por reinar en las regiones inferiores de la atmósfera, condensan el aire y contribuyen á que pueda soportar las nubes; en cambio los vientos que reinan en las regiones superiores, desarrollan un efecto contrario, puesto que impelen las nubes hácia la tierra.

Cuando reinan á la vez dos vientos, uno próximo á la tierra y el otro en las regiones atmosféricas, si el viento superior es norte y sur el inferior, en este caso surge con frecuencia la lluvia, aunque el barómetro se encuentre muy alto; por el contrario, si es sur el viento mas elevado y norte el mas bajo, no lloverá aunque el barómetro se encuentre muy bajo. Digamos la causa de estos fenómenos: en el primer caso las nubes se condensan y la atmósfera que las sostiene se rarifica; el equilibrio se destruye y el aire no puede seguir sosteniendo las nubes; en el segundo supuesto, las nubes se rarifican y el aire que las sostiene se condensa, por lo cual podrá sustentarse con mayor facilidad.

Por poco que ascienda el mercurio y continúe subiendo, despues ó durante una lluvia abundante y prolongada, es seguro que hará buen tiempo. El mercurio que desciende mucho, pero lentamente, indica la continuacion de un tiempo malo ó inconstante; por el contrario, cuando asciende mucho y con lentitud, presagia la conti-

nuacion del buen tiempo. En estos dos supuestos, la condensacion y la rarefaccion de las nubes, y la elevacion de los vapores, es gradual, uniforme y lenta, y la atmosfera por lo tanto solo se aligera ó carga al cabo de un tiempo de duracion prolongada.

El mercurio al subir mucho y con prontitud anuncia la corta duracion del buen tiempo; cuando descende mucho y con rapidez, presagia un resultado idéntico respecto al mal tiempo: estos hechos se esplican por razones contrarias á las que hemos emitido al buscar la razon de los fenómenos á los cuales se contrae el párrafo anterior.

Si el mercurio permanece durante algun tiempo en la indicacion de variable, cuando el cielo ni se halla completamente despejado, ni cubierto de nubes, ni malo ni bueno el tiempo, por poco que descienda en tales circunstancias, anuncia lluvia ó viento; por el contrario, al ascender, aunque sea muy poco, debemos esperar buen tiempo. En efecto, la lucha, digámoslo así, que media entre las nubes y el aire que las sostiene, causa la inmovilidad del mercurio; pero al ascender ó al bajar, es señal que se han operado cambios, que si no son muy considerables, deben destruir el tiempo bueno ó malo que haga, porque si fuesen violentos, serian de corta duracion.

En un tiempo cálido, el descenso del mercurio predice la tronada, cuando es considerable; si la baja es pequeña, puede esperarse buen tiempo. Los grandes cambios que se operan por la condensacion de las nubes y por la rarefaccion de la atmosfera, originan agitacion que electriza las nubes é inflaman las sustancias gaseosas que han ascendido por el calorico á diferentes alturas; de aquí nacen los truenos y los meteoros igneos que con ellos se relacionan. No debe sorprendernos que al surgir los temblores de tierra, cuando el aire se encuentra saturado de exhalaciones calidas que se elevan del seno de aquella, descienda el barómetro de una manera notable; el aire en tales casos se encuentra muy enrarecido, y como no sostiene las nubes, caen con frecuencia lluvias considerables, y surgen vientos y tempestades violentas que agitan y remueven los mares y los rios.

Cuando el mercurio asciende en invierno, indica heladas; si desciende de una manera algo sensible, anuncia deshielos; si al helar sube aun, es casi seguro que nevará. Comunmente en invierno, el viento norte es el que hace ascender el mercurio, y por lo tanto origina hielos y nieves. El viento sur, por el contrario, hace bajar el mercurio y produce los deshielos. Si las nubes se condensan y descienden durante la helada, se resolverán en lluvia, que á su vez convertirá el frio en nieve; pero como ya manifestamos, el movimiento de las nubes hará ascender la columna de mercurio.

Tales son, en general, las reglas basadas sobre principios científicos que han deducido varios observadores de la marcha sucesiva y variada de los barómetros en la zona que habitamos, y que hemos procurado condensar en el presente artículo, en la conviccion de que pueden servir de explicacion á hechos numerosos conocidos de nuestros suscritores, y cuyo estudio ofrece utilidad á diferentes oficios y variadas industrias; motivos que nos han impulsado á extraer los datos que dejamos apuntados en este breve escrito.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

La llegada del emperador de los franceses al teatro de la guerra debía producir naturalmente nuevos movimientos entre los ejércitos beligerantes. Hé aquí por qué los austriacos volvieron á pasar los puntos por donde se habian acercado al enemigo, replegándose como si temieran de parte de este algun atrevido intento. Sin embargo, las noticias de algun choque entre las tropas austriacas y las aliadas, no nos han llegado sino con alguna duda y confusion, creyéndose que

no debe darse entero crédito á lo que comuniquen los telégrafos del vecino imperio.

Entre tanto, continuaremos dando á conocer á nuestros lectores los documentos mas importantes que han visto la luz pública, con motivo del actual rompimiento.

El ministro de Cultos de Francia ha dirigido una circular al episcopado francés dando esplicaciones sobre la política del gobierno en los asuntos de Italia. Contiene la seguridad formal de que no está en las intenciones del gabinete atacar la soberania temporal del Papa.

Hé aquí el texto de esa circular:

«PARIS 4 de mayo de 1859.

«Ilmo. Sr.: La cuestion italiana pudo ser resuelta pacíficamente. Fué el deseo sincero del emperador, que le manifestó de la manera mas expresiva admirándose francamente á todas las condiciones que las grandes potencias mediadoras juzgaron útiles para el éxito del Congreso y para el reposo de Europa. Pero en el momento en que las dificultades parecian allanadas, Austria, quebrantando de repente las negociaciones entabladas, quiso y declaró la guerra. De este modo asume la terrible responsabilidad de los acontecimientos, y el mundo entero juzgará su conducta y sus designios.

«Importa ahora, Ilmo. Sr., que ilustreis al clero acerca de las consecuencias de una lucha inevitable. Han comentado mucho, segun las diferentes pasiones é intereses, el papel que Francia va á tomar en medio de las circunstancias actuales.

El emperador ha pensado en él delante de Dios, y su prudencia, su energia y su lealtad bien conocidas, no abandonarán á la religion ni al pais.

«El principe que ha dado á la religion tantos testimonios de deferencia y de adhesion; que despues de los aciagos dias de 1848 condujo al Padre Santo al Vaticano, es el mas firme sosten de la unidad católica, y quiere que el jefe supremo de la Iglesia sea respetado en todos sus derechos de soberano temporal. El principe que salvó á Francia de las invasiones del espíritu demagógico, no puede aceptar sus doctrinas ni su dominacion en Italia.

«Pero en ese pais donde la opresion extranjera es causa de sufrimientos y de agitaciones perpetuas, el emperador cree, con la esperiencia y la justicia, que el mayor beneficio para los gobiernos es restablecer su existencia independiente, su libertad de accion y la posibilidad de trabajar, sin temor á los movimientos, para el bienestar y para el legitimo progreso de los pueblos. Esas ideas prácticas, generosas y cristianas tienden á fundar sobre bases sólidas el orden público y el respeto de las soberanias en los Estados italianos.

«Tales son los sentimientos de S. M. frecuentemente revelados por sus actos y que acaba de confirmar en el noble manifiesto dirigido á la nacion, deben infundir en el corazon del clero francés tanta seguridad como gratitud. El emperador y el ejército estarán muy pronto en presencia del enemigo: ¡que Dios proteja la Francia y al emperador! Esta ardiente oracion, estoy convencido, ilustrisimo señor, será la del clero entero prosternado al pié de los altares, asociándose así á los deseos y á las emociones de la patria.

«Recibid, etc.—Firmado, ROULLAND.»

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

La *Gaceta* del dia 8 de mayo publica el real decreto organizando el servicio de la correspondencia entre la Peninsula y las islas de Cuba y Puerto-Rico.

—De real orden se ha autorizado á D. Pedro Balart y Oliver para que verifique, en el término de un año, los estudios de un ferro-carril, que partiendo de Girona y pasando por Llangostera y Casa de la Selva, termine en el puerto de san Feliu de Guisols.

—De real orden se ha autorizado á D. Magin Lladós y Rius para que verifique, en el término de diez y ocho meses, los estudios de un ferro-carril, que partiendo de Calatayud y pasando por Daroca, Calamocha, Teruel y Segorve, termine en Valencia.

—Se ha dispuesto de real orden que para el dia 5 de junio próximo, se hallen las partidas receptoras en los puntos donde deberán hacer la saca de los quintos. La distribucion entre las diversas armas del ejército, se ha hecho del siguiente modo: 2,000 á artilleria, 500 á ingenieros, 2,880 á marina, 1,500 á caballeria y 17,403 á infanteria.

—De real orden se ha declarado á la Junta superior de Sanidad de Cuba corporacion consultiva del gobierno, capitanía general de dicha isla en todos los negocios del ramo.

—De real orden quedan aprobadas las disposiciones rebajando los derechos arancelarios antes señalados á las carnes vivas de todas clases y huevos de gallina que se introduzcan en Cuba.

—De real orden los arsenales del Ferrol y Cartagena serán dotados con capellanes de primera clase.

—Se ha suprimido la clase de terceros capellanes en el cuerpo de la armada; dicha clase se incorporará á la de segundos.

—Por real decreto inserto en la *Gaceta* del dia 11 del corriente, se ha declarado de segundo orden la carretera, que partiendo del ferro-carril de Játiva á Valencia y pasando por Albalat, va á terminar en Sueca; y la que partiendo de Montilla y pasando por Espejo, va á terminar á Castro del Rio.

—Se ha autorizado á D. Manuel Lombardia para que aproveche las aguas del rio Jarama, como fuerza motriz de un molino harinero que intenta construir en el término de la Puebla de Valles, provincia de Guadalajara.

—En la sesion del Congreso del dia 9 fué desechada por 94 votos contra 18 una proposicion encaminada á obtener la abolicion de la pena de muerte para toda clase de delitos.

—En la sesion del Senado del dia 11 fué aprobado el dictamen sobre aumento de fuerzas del ejército.

—En la sesion del Senado del dia 12 quedó aprobado el presupuesto de ingresos de 1859, y la ley total de presupuestos fué aprobada por 103 bolas blancas contra 7 negras.

—En Valladolid siguen los trabajos preparatorios para la exposicion de los productos de Castilla la Vieja que ha de celebrarse á fines de setiembre próximo.

—Las plazas y fuertes cuyo abandono y demolicion de sus defensas se ha acordado, son: Denia, Peñas de San Pedro, Alcañiz, Murviedro, Castro-Urdiales, Motril, Olivenza, Guetaria y Ciudadela de Mahon.

—El tipo fijado por el gobierno para la subasta de la conduccion de la correspondencia á nuestras Antillas, que deberá verificarse dos veces al mes en buques de vapor desde Cádiz, es de 300,000 rs. anuales, con estricta sujecion al pliego de condiciones que ha publicado el periódico oficial.

—Parece que se han espedido las órdenes convenientes y mas terminantes por el gobierno de S. M., para que los pueblos en donde existen hospitales formen dentro de un breve plazo el presupuesto de las obras que sean necesarias en dichos asilos de caridad, con el fin, sin duda, de proceder á ellas cuanto antes. Esta es una medida que hace tiempo reclama el estado deplorable de algunos de esos establecimientos.

—El ayuntamiento de Lugo ha acudido á S. M. la reina solicitando el indulto de los procesados á consecuencia de los últimos sucesos que han tenido lugar en aquella poblacion.

—En la provincia de Valencia se están recogiendo por la guardia civil y los fusileros las armas blancas prohibidas por la ley. El gobernador civil es muy elogiado por esta medida.

—Ha fallecido el ilustrisimo Sr. D. José Madrazo, artista eminente, cuyo deplorarán la muerte todos los amigos del arte.

—Días pasados, dice un periódico, fueron detenidos por los agentes de vigilancia algunos muchachos de los que se dedican a vender los números premiados en la lotería primitiva, por consecuencia de haberse sabido que eran falsos y los vendían como exactos. Esta superchería es tanto mas censurable cuanto que, sobre el engaño que se hace al público, resulta que los vendedores de números falsos se adelantan y quitan la ganancia a los pobres que de buena fé esperan á que se termine el sorteo para sacar las copias precisas. Es de esperar que muy en breve quede corregido este abuso.

—La reforma del sombrero continúa haciendo prosélitos. Días pasados se han presentado en el Congreso algunos diputados con el sombrero adoptado últimamente por la moda.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

A beneficio del inteligente y concienzudo actor D. Joaquin Arjona, háse puesto en escena últimamente en el coliseo de la plaza del Rey, el drama nuevo en cuatro actos y en verso, *El Honor y el Trabajo*, debido á la pluma de D. Luis Rivera, autor ya conocido ventajosamente por su anterior producción, titulada *Las aves de paso*.

El Honor y el Trabajo, si bien carece en conjunto de novedad é interés, está escrito con gran facilidad, y fué escuchado por la mayoría de los espectadores con bastante atención, habiendo sido llamado el autor á la escena á la conclusion de la obra.

En su ejecución se distinguieron la señora La Madrid y el beneficiado Sr. Arjona, que desempeñó su papel con mucha inteligencia y maestría; también el Sr. Tamayo hizo cuanto estuvo de su parte por contribuir al buen éxito, y por último, la señora Carrasco, si no muy bien, estuvo mejor que de costumbre.

En la misma noche se volvió á poner en escena el proverbio en un acto de D. Manuel Tamayo y Baus, titulado *Huyendo del peregril*, que fué interpretado admirablemente por la Teodora y los Sres. Arjona y Tamayo (D. Victorino), los cuales se vieron interrumpidos á cada momento por los aplausos de la escogida y numerosa concurrencia que llenaba todas las localidades.

También tuvo lugar en la misma semana el beneficio del Sr. Romea con la linda comedia traducida del francés por el Sr. Navarrete, titulada *Mujer gazmoña y Marido infiel*. El beneficiado ejecutó su papel con una perfección superior á todo elogio; en cuanto á la Matilde Díez, su esposa, no estuvo en la indicada noche á la altura que la hemos visto siempre.

En el teatro del Príncipe se estrenó, á beneficio del Sr. Pizarroso, el drama en tres actos y en verso, original de D. Juan Ortiz, titulado *La Huella del pecado*. Esta obra, en la que se deja ver la inesperienza del que por primera vez escribe para el teatro, revela, sin embargo, en su autor excelentes disposiciones para la literatura dramática. Fué escuchada con profundo silencio por el público; pero al terminar el segundo acto, los amigos aficionados pidieron, como de costumbre, el nombre del autor, el cual se presentó en escena: á la conclusion de la obra también volvió á salir. En la ejecución se distinguió el Sr. Ossorio, teniendo casi que improvisar el papel que en su principio se había repartido al Sr. Valero, y que desempeñó con sorprendente maestría. La Sra. Palca, la Valentini, y los Sres. Pizarroso, Olona y Mario, interpretaron con mucha conciencia sus respectivos papeles, sobre todo este último, que hizo un tipo de marino con mucha verdad.

También se ejecutó en dicha noche una especie de sainete en un acto, titulado *Un cuerdo loco y un loco cuerdo*, que no tiene otro mérito que el que supo prestarle Fernando Ossorio, haciéndose aplaudir extraordinariamente por la admirable naturalidad y perfección con que hizo el papel de un maniático. Este sainete es traducción de don

Eduardo Pizarroso, hijo del beneficiado; también fué llamado á la escena el joven traductor.

En este teatro se ha presentado por primera vez en escena la Srta. D.^a Adelaida Guijarro, alumna del conservatorio, que apenas cuenta trece años. Esta joven actriz se ha dado á conocer ventajosamente, desempeñando con notable soltura y naturalidad el papel de Anita en la conocida pieza *No mas muchachos*. El público la aplaudió en varias escenas, alentándola de este modo en el difícil arte que ha emprendido. Confiamos en que bajo la inteligente dirección de Fernando Ossorio, á cuyo lado creemos trabajará el año próximo la Srta. Guijarro, puede adelantar mucho y llegar á ser una excelente actriz, la que con tan buenos auspicios á hoy sus primeros pasos en la carrera dramática.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Paralelo entre las reinas católicas doña Isabel I y doña Isabel II; por D.^s José GUELL y RENTÉ. París, imprenta de Jules Claye, 1858.

El autor comienza este libro declarando que escribe para el pueblo, que al pueblo dedica un recuerdo de las dos reinas que mas han hecho por su bien.

«Doña Isabel I (dice) abrió al estado llano las puertas de su palacio y las de todas las carreras del Estado. Doña Isabel II igualó á los españoles delante de la ley; y el talento, la virtud y el valor fueron, desde su advenimiento al trono, los únicos elementos para llegar al colmo de las mayores noblezas y posiciones sociales. Y porque estas dos ilustres señoras, á mas de su derecho, reinaron ambas por el pueblo, al pueblo le dedico este paralelo, escrito sin mas pretension que la de haber sido imparcial en mis juicios.»

La obra forma un volumen de 112 páginas, de clara y lujosa impresion en excelente papel.

El paralelo estriba no solo en la narracion fiel y verídica de las circunstancias todas en que la historia presenta los reinados de Isabel I y de Isabel II, sino en la consignacion de los rasgos de todas clases, en que parecerse pueden estas augustas señoras. El autor no olvida de consignar nada de cuanto se ha hecho en España durante el actual reinado, ya con respecto á los adelantos de todas clases en ciencias, letras, artes, industria, comercio, marina, agricultura, etc.; ya por lo que toca á la política interior y exterior, á las relaciones internacionales y al porvenir de la Peninsula. Recorre el cuadro de nuestras grandezas actuales, enaltece la posicion que ha vuelto á ocupar España en el mundo, y ve en el régimen constitucional mil seguridades de riqueza y bienestar por las mejoras que en todos los ramos se han observado. Dice, en fin, «que la Providencia que levanta ó abate á los reyes, es la que desde la cuna ampara á doña Isabel II, como amparó y levantó á su ascendiente doña Isabel I. Que hay entre estas dos inmortales reinas una afinidad completa, y que si fueron grandes los contratiempos queapuró á aquella magnánima matrona de Castilla, no fueron inferiores los que doña Isabel II ha pasado desde su nacimiento hasta nuestros dias.»

JANER.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Questions économiques et financières á propos des crises, par Mr. Victor BONNET. Un vol. in-8°, Guillaumin.

Las perturbaciones rentísticas que han tenido lugar durante estos últimos años, dan á esta publicación una oportunidad muy especial. Mr. Bonnet atribuye el origen de todas las crisis á dos causas principales: 1.º el empleo exajerado del

capital fijo en perjuicio del capital circulante; 2.º el abuso del crédito, que es su consecuencia. Con este motivo entra el autor en interesantes desarrollos, á las veces nuevos, juzgando con razón, que toda la ciencia consiste en reconocer bien las causas del mal que se desea combatir; lo cual es cierto, en cuanto concierne á las crisis rentísticas y mercantiles. En una época, que conoce pocos intereses en que no intervenga la especulación, estudios de la naturaleza de los que publica Mr. Bonnet, no pueden dejar de encerrar una inmediata utilidad.

Daniel Chamier, sa biographie, par Mr. Charles READ. Un vol. in-8°; Agence centrale de la Société protestante, 174, rue de Rivoli.

Daniel Chamier es uno de los ilustres ministros protestantes, algo olvidados hoy, pero cuya influencia fué grande en Francia á fines del siglo XVI. Bayle le consideraba como hombre de estado, y Saurino le ha saludado con el epíteto de grande. Según los manuscritos originales y mediante numerosos documentos inéditos, acaba de publicar Mr. Charles Read la biografía de aquel personaje y el diario de su viaje á la corte de Enrique IV, en 1607. No necesitamos insistir en el interés que envuelve esta publicación; dirémos tan solo que se ha ejecutado con esmero y gusto, y que puede tenerse por uno de los mas curiosos monumentos de la historia de la reforma.

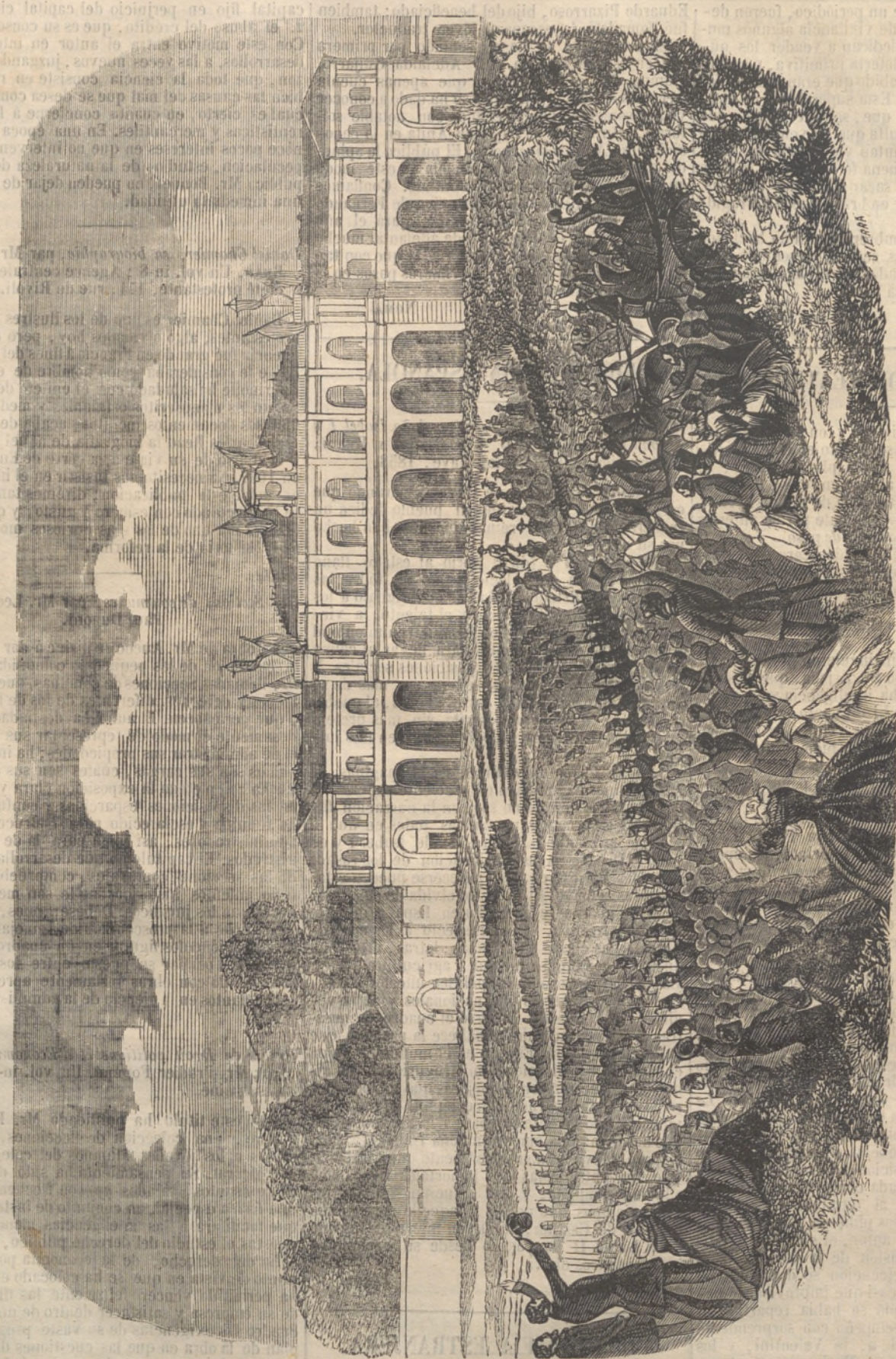
Des Sections de communes, par Mr. Leon AUOC Paul Dupont.

La obra de Mr. Aucoc se dirige á dar á conocer la condicion de las pequeñas comunidades rurales, llamadas Secciones de comunas, que disfrutan bienes y derechos, diferentes de los de la comuna á que pertenecen. El autor ha deslindado cuidadosamente el modo de representar sus intereses, el de administrar sus propiedades; ha investigado cuáles son sus cargas, cuáles son sus arbitrios: así ha completado la exposicion clara y metódica de las disposiciones esparcidas y confusas, que ha reunido y esclarecido para instruccion de los administradores, así como para la de los administrados. El capítulo en que desarrolla el origen de las secciones comunales, comprueba que los conocimientos históricos no le son menos familiares que los jurídicos. Débese, pues, animar á Mr. Aucoc á la prosecucion de semejantes estudios, haciéndolos figurar en un cuadro mas extenso, y á ocupar su puesto entre los que han contribuido con obras justamente apreciadas, á los adelantos en la ciencia de la administracion.

Précis de Droit politique et d'Economie sociale, par Mr. Pradier FODÉRÉ. Un vol. in-18°; Marrescq aíné.

Bajo este título ha publicado Mr. P. Pradier Fodéré, una coleccion de lecciones, pronunciadas á los jóvenes alumnos del colegio armenio Moorat. Su pensamiento ha sido dar, acerca de asuntos tratados ya con frecuencia, bajo una forma especial, un conjunto de instrucciones, que facilitara á las inteligencias menos predisuestas el estudio del derecho público, de la filosofía del derecho, de la economía política. El punto de vista en que se ha colocado el autor, le ha permitido vencer felizmente las dificultades de su empresa y satisfacer dentro de un reducido cuadro las exigencias de su vasto programa. El plan de la obra en que las cuestiones de derecho y economia se ven tratadas en su orden lógico, en términos de ilustrarse unas por otras, anuncia en el autor un espíritu verdaderamente liberal, y que está persuadido de los señalados servicios que puede prestar á las sociedades modernas una alianza cada vez mas íntima entre las ciencias morales y las políticas.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Batilliere,
— editor responsable y propietario.—



RECEPCION DE LAS PRIMERAS TROPAS FRANCESAS POR EL REY VICTOR-MANUEL, EN EL EMBARCADERO DEL CAMINO-DE-HIERRO DE SUSA A TURIN, EL 30 DE ABRIL DE 1859.

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 337.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 342.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 345.—*Seccion religiosa*, pág. 347.—*Seccion científica*, pag. 349.—*Crónica extranjera*, pág. 350.—*Crónica española*, pág. 350.—*Revista de teatros*, pág. 351.—*Bibliografía española*, pág. 351.—*Bibliografía extranjera*, pág. 351.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohibe su reproduccion en todo ó en parte.